



las brujas

celso castro



DESTINO

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

infancia

visiones

el nacimiento de un héroe

aceptación del castigo

adolescencia

los celos

la quemada de estramonio

posesión

redención

cuaderno lorena

el poetiso

los lentos procesos

una decisión tomada

la angustia distraída

el lazo azul

gratitud

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Un joven relata a modo de confesión la historia de su relación con Lorena, hija de una bruja y hermana de leche, ya que fue criado por una nodriza. Con una voz discursiva que sigue sus pensamientos más íntimos, asistimos también a la relación que mantiene con su familia, madre y hermano, que lo desprecian por su parecido físico con el padre que los abandonó. Hechizado por Lorena, se verá condenado tanto a amarla como a aborrecerla.

Imbuidos por una prosa impecable, nos adentramos en una nueva historia mágica de Celso Castro, en una cautivadora novela de seres desamparados en la Galicia contemporánea que ahonda en la relación de amor entre dos personas solitarias unidas por la esperanza.

# LAS BRUJAS

celso castro

Ediciones Destino

el sufrimiento de saber  
que nunca volverás a amar  
eso es el infierno

DOSTOIEVSKI

infanzia

## visiones

y a veces, y también quiero que lo sepas, a veces te juro que te odio, porque me utilizas, es lo que siento. y me desagrada que me utilices, que necesites mi voz, oírme hablar y hablar y hablar hasta dormirme, hasta que tu angustia se calme, hasta comprender que tampoco es para tanto —no, no es para tanto...— me decía el psicólogo, lo decía para —relativizar— y yo le hablaba de mis visiones y que algunas se repetían. y él —es lo que se denominan sueños recurrentes...— y no eran sueños, eran visiones. y yo intentaba explicárselo, explicarle que lo que me pasaba a mí no estaba en los libros, que estaba en mí, que era mi angustia, y no lo entendía. sí, asentía y sí, pero no lo entendía. y se recostaba en su sillón, en aquel cojín de color granate con forma de corazón, tan infantil, y con esa actitud resabiada de —tú cuenta, que ya saldrá...— y a mí se me iban las ganas de contarle nada, porque además, lo que quería contar y sacar de mí, lo que pretendía exteriorizar era tan sumamente vago que... durante esas tres semanas que acudí a su consulta, no hice más que dar vueltas y vueltas alrededor sin lograr acercarme. en realidad, no quería acercarme, porque eran cosas íntimas, entre mi madre y yo, y no me parecía de buen gusto airearlas. recuerdo que siempre empezaba por mi visión ¿no? por mi primera visión, y acababa peregrinando cabeza adelante de nadería en nadería. y quién sabe, quizá de ahí, de esa primera visión, que la tuve a la edad de siete años, y... quizá de ahí provengan todos mis males, y no sea preciso perderme en menudencias, y en detalles insignificantes. seguro

bien, cuando mi padre —murió— llegaron las alergias. digo —murió— porque es lo que nos dijo mi madre —haceos a la idea de que está muerto...— luego me enteré de todo, que mi padre había vendido los terrenos arrendados y la casa de santa cruz, y también uno de los restaurantes, y se había marchado con una jovencita que era su ayudante de cocina, me lo contó lorena. en fin, que llegaron las alergias, y mi madre acondicionó el cuarto de arriba —el palomar— le llamaban, que sólo tenía un ventanuco, y me compró un ionizador. y ella se quedó viviendo abajo con mi hermano, con alejandro, que era su favorito, porque había nacido primero, cinco años antes que yo, y porque lo había amamantado hasta los dos años, que ya era mayor y hablaba y seguía enviciado, y... hace poco estuve leyendo un libro que se ocupaba de esta materia, del destete, y resulta que todos los pediatras están de acuerdo en que las madres sienten predilección por los hijos que amamantan ¿vale? y... la visión, que un día, estaba en mi habitación haciendo los deberes, de espaldas al ventanuco, y noté una opresión así, en las sienas, y calor, mucho calor, un



calor muy intenso en la nuca. y yo creí que era el sol, porque cuando declinaba un poco, su luz se colaba por el ventanuco y venía a iluminar el escritorio, y la pared, y... al girar la cabeza para corroborar que, efectivamente, se trataba del sol, sentí un vértigo espantoso, como si aquella luz tirase de mí hacia algún abismo, y me engullese... es difícil explicarlo, y... de pronto, me vi a mí mismo colgando en el vacío de un enorme pecho, grande como una colina ¿no? como una ladera que ascendía y descendía y no terminaba nunca. y era de un cuero pulido y resbaladizo como mi mochila, la que llevaba al colegio, con ese color y esa textura, y además olía igual. y eso, que yo me abrazaba a aquel pezón, un cilindro casi inabarcable, y le clavaba los dedos, las uñas, para no caerme

esa fue mi primera visión, en la segunda había una ligera variante, o no tan ligera, porque una niña de ojos castaños, muy oscuros, prácticamente negros, me miraba desde el otro pecho, y cuando ya me iba a caer, me cogía de la mano, y nos quedábamos así, cogidos de la mano y mamando los dos, mirándonos... esa niña era lorena, aunque yo aún no lo sabía. pero sentía algo extraño, una aprensión o algo. a los niños tampoco les gustaba lorena, ni a las niñas, no les gustaba que participase en sus juegos, lo evitaban sin enfrentarse, porque su madre, me refiero a la madre de lorena, echaba las cartas, y te limpiaba del mal de ojo, y adivinaba el futuro y te aconsejaba y todo eso —su madre es bruja...— decían los niños. y yo sentía ese algo extraño, esa aprensión, quizá por su forma de vestir, con esos vestidos largos y floreados hasta el suelo, con los bordes deshilachados de gitaniña hindú, que a mí me avergonzaba ¿sabes? que me viesen con ella, porque ninguna niña vestía de esa manera, tan anacrónica. y una tarde, estábamos corriendo por los soportales del ayuntamiento, y supongo que pisó el vestido y se golpeó contra uno de los bancos de piedra, de granito, y se lastimó la rodilla, sangraba, y nadie quería acompañarla a su casa, porque tenían miedo. y me miró con los ojos llenos de lágrimas, aunque sin llorar, que no dijo ni ay, y se dio media vuelta y echó a cojear hacia su casa. y claro, tuve que ir yo, porque su mirada fue de... reproche ¿no? y llegamos a su casa, nos abrió su madre y al verme, empezó a alborozarse y a abrazarme y besarme y llamarme por mi nombre. que yo no le concedí mucha importancia, porque estaba acostumbrado a que todas las personas mayores me conociesen y fuesen afectuosas conmigo. excepto alejandro, que nunca disimuló su antipatía, y encima mi madre no se cansaba de recriminarme en voz alta —eres igualito que tu padre...— y era como incitarlo a pegarme, que siempre me pegaba. me pegaba muchísimo, una vez se puso unos guantes de goma y me pegó en la cocina, me dijo que los guantes eran por la alergia, que no quería contagiarse, y se moría de risa, que se creía muy ingenioso. y como mi padre no estaba ahí para defenderme, y mi madre le regañaba con tanta tibieza, pues... en fin, fue precisamente alejandro quien desveló el misterio, lo hizo para burlarse de mí y para hacerme ver cuánto me aborrecía, ya te lo contaré. antes... nada, que la madre de lorena me abrazó y estaba contentísima de que hubiese ido a su casa, que en cada frase salía mi nombre, de verdad, me lo gastaba. y me invitó a merendar, y yo que no, que gracias

pero ya había merendado, y ella insistiendo y que sí, y casi me metió el chocolate en la boca, que... a lorena no le hizo ni caso. bueno, y al final me enseñó su despacho, que olía muy mal, un olor muy fuerte, a incienso, y a sándalo, creo, o aloe, y había una bola de cristal y crucifijos y telas de colores por las paredes y un retrato de nostradamus, o de otro, no sé. y también había un señor sentado, supongo que estaba consultándole algo y que las cartas eran adversas, porque nos sonrió con desgana

y eso, que volvió a abrazarme y mi nombre y se encerró con aquel señor en el despacho. y nosotros nos fuimos al cuarto de baño a coger algodón y tiritas y desinfectante, y después a la habitación de lorena, que me sorprendió mucho por su desnudez, por la absoluta ausencia de adornos, de peluches, que contrastaba con el despacho de su madre, tan recargado. bueno, esto lo pensé más tarde ¿no? porque cuando entramos en la habitación, lorena se tumbó en la cama y se levantó el vestido. las braguitas también eran de flores, de amapolas —¿qué miras?

—nada...

—pues atiende a la herida...— y le limpié la herida, le puse una tirita, y... acabé y me dijo que ya podía mirar —ahora puedes mirar...— y abrió las piernas, y yo aparté el borde de la braguita y le estuve mirando todo. y ella —puedes tocarlo, si quieres...— y se lo toqué, se lo acaricié, que me dejó. y luego me acarició ella a mí y me estuvo chupando hasta que oímos la puerta del despacho, que se abría, y... yo creo que la madre se dio cuenta, porque estábamos muy colorados, y además era bruja

## el nacimiento de un héroe

al día siguiente no bajó a jugar con nosotros, imaginé que se sentiría tan abochornada como yo, así que estuve corriendo por allí, por la plaza de maría pita, de un lado para otro, intentando sacudirme ese pensamiento incómodo. y a las nueve, estaban sonando las campanadas en el reloj del ayuntamiento, y la vi allá arriba, en las escaleras, las que están a la derecha ¿no sabes? a la derecha del ayuntamiento, y me hizo una seña para que fuese. y yo le dije a mis amigos, todo rojo —me tengo que ir...— y corrí en dirección contraria, porque me estaban mirando. y al llegar a la marina, me oculté tras unos turistas ingleses, de un crucero, para que no me viesan, y di la vuelta por donde está el búho y entré por aquel arco oscuro que hay al final de la calle. lorena no se había movido, seguía igual, como una estatua, con una mano apoyada en la balaustrada. le dije —lorena...— la llamé desde la penumbra, y se sobresaltó, se quedó un momento quieta y luego se giró con una sonrisa... de rabia, y un poco triunfal, y vino a abrazarme, a besarme —qué mal besas...— me dijo —te voy a enseñar, mira...— y me metió la lengua y la estuvo ajetreando a lo bruto dentro de mi boca, sin sentido —ahora tú...— y yo también le metí la lengua. y cuando acabé, me preguntó si me gustaba —¿te gusta?— y yo le contesté que sí, aunque no me gustaba mucho. después me dijo —¿quieres ver qué sé hacer?— y yo creí que iba a levantarse el vestido o algo así, pero no, extendió las manos, y musitó unas palabras, como si estuviese rezando alguna oración, que evidentemente, no se trataba de ninguna oración ¿eh? se trataba de un conjuro. y de repente, me cayó una cosa fofo en el zapato, y pegué un salto, grité —¡qué asco!— o lo pensé, y empezaron a caer más cosas de esas del techo, como ovillos negros y viscosos. y yo —¡para, para!— que estaba asustado, y... le pregunto —¿qué es esto?— y no me refería sólo a esas cosas negras tan grimosas, sino a qué estaba pasando, qué sucedía a mi alrededor, era la misma extrañeza que en mis visiones ¿entiendes? era como si el mundo... no sé explicarlo, no hay palabras... y yo —lorena ¿qué es esto?— y me susurra sin mirarme —ya verás...— y al momento, aquellas cosas negras se desovillaron y salieron aleteando por detrás del ayuntamiento, hacia el campanario de san jorge o por ahí. y eran vampiros, te lo juro... bueno, murciélagos, que los había domesticado

en aquella época me sentía fuera, aparte, que no pertenecía a este mundo, no estaba anclado aquí como el resto de la gente, podía saltar o entrar no sé muy bien dónde, pero lorena me guiaba. los días que no teníamos lengua y no nos chupábamos, o sea, cada dos días, lorena me cogía de la

mano y me llevaba por atocha y por el cementerio de san amaro y por sitios muy raros. digo — sitios muy raros— porque a mí no me permitían salir de maría pita, y en ningún caso, ir más allá del obelisco, o de la plaza de azcárraga. sin embargo, con lorena no había normas, nos escapábamos y a veces íbamos a la perrera que había bajando la cuesta de san amaro, cerca de las rocas, al lado del mar, y hablábamos con la encargada, con adriana —adri— le llamábamos, porque era amiga nuestra y nos dejaba darle la comida a los perros y acariciarlos y jugar con ellos. yo no, que eran perros vagabundos, abandonados, que los habían recogido por ahí, y seguro que me transmitían cualquier infección, o empezaba a estornudar y ronchas y lo de siempre, y... lo que te quería contar, que... por ejemplo, íbamos por atocha, y lorena me cogía de la mano ¿no? y todo cambiaba, todo... era distinto, una transformación completa, las calles y todo. y pensarás que yo no conocía esas calles y por esa razón me parecían diferentes, pero no era sólo eso, era que no se oía ningún ruido, había un silencio absoluto, y además hacía sol... sol a las diez de la noche ¿entiendes?

y una de esas noches, porque ya era de noche, más de las diez, y... regresábamos lorena y yo de alguna incursión, con esa calma impregnada en la piel, en nuestras manos, y yo venía hablándole de mi visión, la del pecho gigante, de la primera y de la segunda, que estaba esa niña de ojos castaños, y era ella, era lorena, y yo creo que lo sabía, porque sonreía mucho cuando se lo conté. y le pregunté si las visiones eran de verdad, si ocurrían realmente o sólo eran efluvios de nuestra imaginación... vale, no empleé esa palabra —efluvios— pero el sentido era ese, y se lo pregunté —porque a mí me parece que son de verdad...

—claro, son... otra realidad...

—¿y esto que nos pasa cuando vamos por las calles?

—es porque estamos bien juntos...

—ya...

—¿tú no estás bien conmigo?

—sí...

—¿ves?

—¿y lo de los murciélagos?

—¿qué?

—fue de verdad ¿no?

—no... ¡cómo va a ser de verdad!— y se reía, y... estábamos así, y aparece mi hermano. bueno, primero apareció un manotazo tremendo aquí, en la cabeza, y después mi hermano, gritando —qué ¿no te avisó mamá, eh, que venía la tía laura?— y a manotazos conmigo. y yo miré a lorena, avergonzado, y vi su mirada furiosa, y creí que lo iba a matar en el acto, y era capaz, en serio. por eso levanté la mano y le dije —¡no!— para impedirselo, porque lorena... luego te cuento lo que me hizo a mí, lo de la granizada, que casi me desangro, y tuvieron que llamar a una ambulancia...

y... nada, me fui con mi hermano para casa, que me iba retorciendo el brazo, y gritándome al oído —¡y encima tenías que acabar con esa andrajosa, con tu hermana de leche! ¡lo que te faltaba, andar chupando tetas de bruja! ¡qué asco, joder!— y a mí se me saltaban las lágrimas, y no era de dolor, aunque me dolía el brazo, era de oír hablar así de lorena, con ese desprecio y esa repulsión, que era el mismo desprecio y la misma repulsión callada que sentían todos. y al llegar a casa, vi a mi tía laura, que también era mi madrina, y me eché a llorar, porque ya no aguantaba más, y porque mi tía laura me quería muchísimo y siempre me hacía regalos, me regaló una esfera terrestre que tenía luz, que era una lámpara, me regaló la bicicleta, y un montón de libros, las rimas y leyendas de bécquer, las narraciones extraordinarias de poe, el doctor jekyll y mister hyde de stevenson, y la metamorfosis, la de kafka y la de ovidio, y... muchos más por el estilo. y es que era muy fantasiosa, y muy miedosa, que una noche durmió conmigo, en mi cama, creo que era mi cumpleaños, y oímos unos ruidos en el jardín, y yo le dije que seguro que eran ratoncitos, o topos, y ya no pudo dormir en toda la noche, y... lo que te contaba, que llego llorando y quejándome del brazo, que me dolía, y mi madre —¡ya estamos otra vez con la llantera!— y sentí tanta rabia ante la perfecta impunidad de mi hermano, que subí al palomar y cerré dando tal portazo que resonó y... tambaleó la casa entera hasta los cimientos. y cogí el diccionario y estuve mirando —hermano— y después —de leche— y después —nodriza— y después —ama de cría— y decía que era la mujer que criaba a una criatura ajena. y tiré el diccionario contra la pared y los libros de las estanterías y el globo terráqueo y todo lo que encontré. y al momento subieron a mi habitación, y mi madre —¿qué haces?— y mi hermano —¡este es idiota!— y yo empecé a gritar —¡ya sé que soy ajeno! ¡que soy hermano de leche!— y mi madre —¡qué tontería!— y miró a alejandro, que se encogió de hombros —yo no he dicho nada ¿eh?— y entonces salieron al pasillo, a hablar, y yo me dejé caer en la cama, con todas esas lágrimas en los ojos, y esa pesadumbre, y sintiéndome tan sucio, tan sucio, tan sucio que... había sido engendrado en la suciedad, en la inmundicia. y entra mi tía laura y me abraza —ya está, ya está... no llores más, anda...

—es que yo no soy de nadie...

—claro que sí...

—no tengo familia...

—¿y yo qué?

—no tengo padre ni madre ni nada...

—eso no es cierto, tienes de todo... y además eres... muy especial... ¿lo sabías, que eres muy especial?... ¿eh?

—¿por qué, porque soy hermano de leche, y ajeno?

—no, tontito... porque eres muy inteligente, y muy sensible, y te gusta leer... y por si fuera poco, eres tan guapo... ¡mira qué guapísimo eres!

—pero... tía laura ¿por qué tengo que ser hermano de leche?

—bueno... a ver, por tu padre, porque tu padre se empeñó... mamá tenía una infección y no podía darte el pecho... y tu padre... y esa mujer estaba criando a su bebé, y... tu padre se empeñó,

porque... iba a que le echase las cartas ¿sabes? el tarot, que era muy supersticioso, y... creía que así estarías siempre protegido, o no sé qué creía, la verdad... como aquiles... ¿te acuerdas de aquiles?

—sí...

—que su madre, tetis, lo metió en la laguna estigia, lo sumergió... pero lo estaba sujetando por el talón... el talón de aquiles, y...

—me han estropeado la vida...

—no, cariño... ¿por qué iban a estropearte la vida?

—porque les voy a dar asco...

—no digas eso ni en broma, porque es absurdo... y tú lo sabes mejor que nadie ¿verdad? que es absurdo...

—ya les doy asco, por eso me tienen aquí apartado, en el palomar

## aceptación del castigo

en cuanto se marchó mi tía laura, subió mi madre a decirme que estaba castigado una semana entera sin salir a la calle, luego vino mi hermano a advertirme, bueno, amenazarme —si vuelvo a verte con esa puerca, te reviento la cabeza ¿me oyes?— y yo me quedé bastante aliviado, porque así no tendría que ver a lorena, y es que no sabía cómo afrontar... eso, ser su hermano de leche, pensar que nuestras inocentes bocas habían succionado aquellos pezones, y los besos con la lengua y cuando nos chupábamos y... al día siguiente tampoco quería ir al colegio, porque tenía la sensación de que todos los niños estaban enterados, y que se burlarían de mí, se reirían y escupirían en el suelo, y dirían —¡qué asco, no te acerques! ¡a mí no me toques!— y me llamarían —el chupatetas— o —el chupabrujas— o se inventarían algo aún más denigrante, y... no quería ir al colegio, y le dije a mi madre que me encontraba mal, y era cierto, que nunca me había encontrado peor en mi vida, que hasta sentía náuseas. y al instante, que no transcurrió ni un cuarto de segundo, sube mi hermano —ya te estás levantando inmediatamente ¿me oyes?... ¡inmediatamente!— y me dio otro de esos manotazos tremendos que me daba por cualquier motivo, y me arrastró a mí y a las sábanas de la cama, y me dejó tirado en el suelo, en mitad de la habitación. y yo me levanté y se me caían las lágrimas de rabia, y le grité —¡ahora entiendo por qué se fue papá!— y te aseguro que si hubieses conocido a mi hermano, y a mi madre, si los hubieses conocido —de puertas adentro— como suele decirse, y no fuera, que eran todo amabilidad y sonrisas, que íbamos paseando por la calle real, o por los cantones, yo siempre detrás de ellos, a unos pasos, y nos paraban y primero saludaban a mi madre —no sé cómo lo haces, pero cada día estás más joven...— y a continuación miraban a mi hermano, que iban los dos del brazo, y exclamaban —¡y qué novio más guapo!— y mi hermano se inflaba y desvanecía de engreimiento, y... supongo que de ahí proviene mi misoginia, o por lo menos es lo que me reprochó lorena en reiteradas ocasiones —lo único que te pasa a ti, es que eres un misógino...— y... lo que te decía, que si los hubieses conocido —de puertas adentro— habrías entendido perfectamente y te habría parecido la cosa más natural del mundo, que mi padre nos hubiese abandonado y se hubiese ido de casa. y claro, le digo eso a mi hermano ¿no? y oye que le llamo —papá— a la persona que más odiaba, que se ponía enfermo cada vez que alguien lo mencionaba, y ya no pudo contenerse, y me agarró del pelo y empezó a pegarme y a pegarme, y con una saña que... yo creo que era como si le pegase a él, en serio... estoy absolutamente convencido de que si mi hermano tuviese a mi padre delante, lo mataría a golpes, te juro que era capaz de matarlo, de —reventarle la cabeza— con una piedra grande

ahora debo contarte algo que me avergüenza profundamente, había un niño en mi clase, un compañero, que siempre andaba detrás de mí, porque yo era una especie de héroe para él, me admiraba y eso... murió hace poco, que era homosexual y se contagió... y murió. y en el entierro, que fui al entierro con algunos que lo conocíamos, vino su hermana a abrazarme y a agradecerme que estuviese allí, para despedirme —acompañando el féretro— y... vino su hermana y me dijo, en un momento que nos quedamos solos, a la sombra de un ciprés, que hacía un sol terrible... me dijo... que su hermano estaba enamorado de mí desde el colegio, y que yo era su amor platónico, que se lo había confesado en una carta, y que si la quería —¿la quieres?

—¿el qué, la carta?

—sí...

—no, no... mejor guárdala tú, de recuerdo...— que me daba grima tener esa carta, de un muerto, y encima enamorado... y... lo que te iba a contar, que llegué al colegio muy susceptible, y a la defensiva ¿sabes? mirando aviesamente a mi alrededor, y dispuesto a saltar a la primera inconveniencia. y estamos en clase y se me acerca el niño este que estaba enamorado de mí, todo sonriente, y me pregunta no sé qué de los mamíferos, que te juro que no sé qué me preguntó, ni por qué reaccioné de esa manera irreflexiva y violenta. lo único que sé es que él estaba así, apoyado en el pupitre, y ladeando la cadera como una estatua de la antigua grecia, y yo cogí el compás y se lo clavé en la mano, y con tanta fuerza que tuvieron que ponerle la antitetánica

como es habitual en estos casos, me abrieron un expediente disciplinario y me expulsaron durante tres semanas. o quizá ya estaba abierto, que me habían expulsado anteriormente por dibujar a la directora desnuda, y ensartada de afiladas agujas, igual que esas muñequitas de vudú ¿no sabes? y es que era odiosa, de verdad, insufrible, tan encumbrada, tan perfecta... y además se había burlado de mí, y no se lo perdonaba, había hecho algún comentario gracioso sobre la huida de mi padre, en clase ¿no? y los niños muriéndose de risa... no por la gracia del comentario, que no tenía ninguna, sino por confraternizar con aquella arpía, y... en realidad, el castigo, que me castigaron dos semanas, no se debió a las agujas, se debió a que cuando encontraron el dibujo en mi cuaderno, uno de mis compañeros, no digo quién, pero... estaba obsesionado con los órganos sexuales, que no paraba de tocarnos. y este compañero había sustituido las agujas por penes y testículos colgantes y salpicaduras, y... la directora se había puesto histérica, nunca la había visto así, y se llevó el dibujo para enseñárselo al resto del profesorado, en el claustro, y también en el consejo escolar, incluso me contaron que lo había sacado del bolso para airearlo en el supermercado, no es broma ¿eh? que me lo contaron, y... claro, como el dibujo estaba en mi cuaderno, me culparon de todo, y yo no me chivé, porque me había acostumbrado a aceptar cualquier castigo por injusto que fuese, y a que me retorciesen el brazo, y a soportar el dolor en silencio, sin decir palabra,



como le demostré a lorena con la granizada, que casi me desangro, y... lo del compás, que me expulsaron del colegio durante tres semanas, y recuerdo que mi hermano se pasó esas tres semanas pegándome, y llamándome —asesino—

ese no fue mi único castigo, ni el más importante, mi verdadero castigo consistía en echar de menos a lorena, cada minuto y cada segundo, y es comprensible, porque nadie me había prestado tanta atención en mi vida. y al mismo tiempo, y al igual que en cualquier otro castigo mitológico, por ejemplo... prometeo, o sísifo, o tántalo... mi castigo consistía en sentir aquella repugnancia por las cosas que hacíamos juntos, por esa intimidad tan acogedora y tan sucia, que... dos o tres años después, me dio por la psicología, y leí lo del —inconsciente colectivo— de jung, y a punto estuve de vomitar, no exagero ¿eh? fijate si era sensible a ciertas ideas, y... ahora viene el castigo de lorena, que también lorena me infligió su castigo... yo... tenía muchas ganas de verla, muchísimas, pero no quería que me hablase ¿entiendes? que se dirigiese a mí. quería que respetase mi inhibición, que... jugase con nosotros como si yo no estuviese presente ¿vale? porque así podría mirarla, y acomodar mis sentimientos poco a poco, o retirarme sin explicaciones ni brusquedades, con la mayor naturalidad. eso es lo que yo pretendía, y con esa pretensión bajé a la calle, a la plaza de maría pita, y hacía casi un mes que no jugaba con mis amigos, y... se alegraron bastante de verme, que estuvieron con chistes y sarcasmos sobre el presidio, las fianzas, la libertad sin cargos... en fin, cuando se cansaron, nos lanzamos a correr unos detrás de otros por los soportales, y luego nos fuimos a fumar a un lateral del ayuntamiento. yo no, que me secaba la garganta, y me picaba y no paraba de carraspear, y además no me gustaba, y... estábamos fumando, ellos, y... dice uno —ahí está otra vez...— y miro, y veo a lorena en lo alto de las escaleras, que me dijeron que todos los días a las nueve aparecía por allí, y... suenan las campanadas ¿no? y lorena me hace una seña para que vaya. y mis amigos —te está llamando...

—¿a mí?

—sí, te está llamando ¿no ves?

—¡será a ti!— y me fui, me marché a casa apretando los puños, porque la detestaba ¿entiendes? detestaba lo que me hacía sentir, aquella lucha dentro de mí, el deseo de subir saltando las escaleras, de dos en dos, o de tres en tres, y de abrazarla muy fuerte, de estar con ella, de pasear por esos escenarios cambiantes ¿sabes? cogidos de la mano, de vivir esa calma extraña, y... ese deseo me acobardaba, me ridiculizaba y me destrozaba interiormente, los nervios... y me desbordaba y me empequeñecía y me intimidaba, y me sentía mal, horriblemente mal, y mezquino, y... estuve unos cuantos días sin salir, seis o siete, decidiendo... intentando decidir algo que me salvase de mí mismo. y al séptimo día, o cuando fuese, bajé sin haber decidido absolutamente nada, a ver qué pasaba, y pasó lo que te voy a contar, la granizada... yo... era un día claro, sin nubes, creo que mayo, ya se estaba acabando el curso, y... bajé y me encontré a sebas, a sebastián, que iba comiendo pipas por la acera, y me advirtió —oye, ten cuidado...

—¿por qué?

—porque lorena está en las escaleras, esperándote...

—¿y cómo sabes eso, que me está esperando a mí?

—a quién va a ser...

—bueno, y a mí qué me importa...

—no sé, yo te lo digo... mira... ven a mirar...— y nos asomamos a la plaza de maría pita, y la vi allá arriba, sentada en las escaleras, con la cabeza hundida entre las manos. y dice sebas, sebastián —¿la ves?... siempre está igual, se sienta ahí a esperarte...

—pues que espere...— y entramos en maría pita comiendo pipas, despreocupadamente, como si nada, y... ya vinieron todos aquellos buitres, los carroñeros a rodearnos y a pedirnos pipas —¿me das?— y estamos hablando de tonterías, y escupiendo cáscaras, y de repente oigo mi nombre ¿no? que me llama, y yo ni caso, o hice algún gesto de fastidio, imposible de tergiversar, o sea —¡vete! ¡déjame en paz!— y seguí con las pipas. y otra vez mi nombre, pero gritando, que cada vez gritaba más, y miro y se había puesto de pie, furiosa, y chillaba y chillaba mi nombre. y mis amigos apartándose ¿sabes? alejándose, que se alejaban de mí, por si acaso. y al momento noto aquí un golpe, en la cabeza, y otro y otro, y era un granizo grande, como canicas de las grandes, y... caía con una violencia que... no te puedes ni imaginar el ruido que hacía, y... esto ocurrió delante de mis amigos ¿eh? y de algunas madres, que lo vieron todo desde una terraza, que estaban tomando té, y mirando al cielo asombradas, que ya te he dicho que era un día claro y sin nubes, aunque se había formado una especie de círculo blanquecino encima de mí. es lo que me contaron después, porque yo no me fijé en esos detalles, que me quedé quieto, sufriendo el castigo, y retando a lorena con la mirada, para que supiese que nadie iba a doblegarme, y que yo era más fuerte que cualquier castigo. y empecé a oír los gritos de las madres, que gritaban alarmadas —¡ay, por dios! ¡por dios!— porque estaba sangrando muchísimo, y se me metía la sangre en los ojos y no podía ni ver. y entonces vino un camarero a socorrerme, protegiéndose bajo una silla de plástico, de poliuretano, de estas que hay en las terrazas, y vino y me sacó de allí. es lo último que recuerdo antes de desmayarme, que perdí el conocimiento y desperté en el hospital. y al principio, también es lo único que recordaba, porque no me acordaba de lorena ni del granizo ni de nada, sólo de aquel camarero corriendo hacia mí con esa silla blanca

adolescencia

## los celos

y de un día para otro me coroné de heroicidad, y todos mis amigos me admiraban, porque salió mi fotografía en el periódico y una entrevista, y hablaban de mi valor, y de cómo me había enfrentado a la adversidad. y es que no entendían nada, de verdad, no entendían que yo había puesto mi vida en manos de lorena, que mi actitud significaba, expresaba tácitamente —aquí estoy, puedes matarme, porque yo no voy a huir, ni voy a suplicarte. así que haz lo que quieras...— esto es lo que le había expresado, transmitido a lorena bajo aquel —aporte— tan recio y desmedido, y tan innecesario, que por despecho había precipitado sobre mí, porque fue por despecho ¿eh?... y... antes de continuar, te explico qué es un —aporte— porque yo tampoco lo sabía, que me enteré mucho después, cuando comenzaron a interesarme estos temas esotéricos, y... un —aporte— es una caída o precipitación de objetos, que pueden ser... piedras, o ramas, o cristales, o trozos de metal, o... lo que sea, que se precipitan a distintas velocidades, y en vertical, o en horizontal, incluso pueden caer hacia arriba... ya, a mí también me resultaba difícil de comprender... y... lo que te decía, que yo había puesto mi vida en sus manos ¿no? y estaba decidido a morir, o a... arrostrar cualquier otra consecuencia. y sin embargo, en el fondo yo confiaba en lorena ¿entiendes? había algo entre nosotros, un vínculo extrañamente íntimo... sí, y sucio... pero que me hacía confiar en ella, sentir su protección, y que nunca permitiría que me sucediese nada malo... no, te hablo completamente en serio, porque lo de la granizada, yo... siempre lo he considerado una prueba, una ordalía más que un castigo... y... bueno, ahora me salto un montón de años, hasta el instituto ¿vale? que ingresé en el instituto convertido en un héroe. en parte porque lorena, la mujer... la adolescente más orgullosa y segura de sí misma que existía, bajaba la mirada y enrojecía al cruzarse conmigo por la calle. y en parte porque yo era capaz de clavarme cosas, objetos punzantes en el antebrazo, o de cortarme, o de traspasarme la piel y sangrar delante de los mayores. y claro, me respetaban, y es que además, me había vuelto muy reservado, y muy maduro para mi edad. hasta lo reconoció el psicólogo cuando me trató, aunque a lo mejor lo hizo para animarme, a ver si me soltaba un poco y era más locuaz, más comunicativo, y... eso, que no dejaba de ser muy meritorio, que habiendo nacido en el seno de una familia tan maldispuesta como la mía, hubiese desarrollado esa valía y esa entereza y esa energía personal

en aquella época, los quince o dieciséis o así, leía mucho... las ensoñaciones de rousseau, la angustia de kierkegaard, hume... me preocupaba la opresión social sobre el individuo ¿sabes? el

progresivo empobrecimiento de la vida, y la esclavitud... el vivir persuadidos de que el estado natural del ser humano, y el más deseable de los objetivos, es esta —libre esclavitud— en fin, también leía poesía y alguna novela, dostoiévski... y... empecé a escribir relatos, cuentos, sin decírselo a nadie, sólo a sebastián, hasta que mi hermano descubrió el cuaderno y bajó corriendo las escaleras y riéndose, y fue a enseñárselo a mi madre, y a leerle párrafos y jajajá y menuda mierda, y que se lo iba a llevar a una amiga escritora, a patricia para ver qué opinaba. y mi madre —bueno, devuélveselo...— que no sé qué le pasaba, pero en momentos aislados estaba como... amable, o distraída, y... guardé el cuaderno en un cajón del escritorio, y a los tres o cuatro días desapareció. y claro, le pregunté a alejandro, porque ya sabía que había sido él, y me dijo que lo estaba leyendo patricia y que ya me haría la crítica, y... no me disgustó en absoluto. era la primera vez que alguien se adentraba en mis relatos, en mi pudor, y además una escritora, o sea, una mujer, que en mi adolescencia aún creía que las mujeres poseían una sensibilidad especial ¿no? femenina, a pesar de disponer en mi propia casa de la prueba irrefutable de que esa creencia era completamente absurda, y falsa, otro de esos atavismos parasitarios. y es que la sensibilidad de mi madre, y podría incluir aquí la de mi hermano, para hacer bulto y a ver si entre los dos... y... la sensibilidad de mi madre iba y venía y me eludía a capricho ¿entiendes? con aquel gesto de cansancio, de aborrecimiento que no se molestaba en reprimir, ni ocultar. porque ya te dije que yo le recordaba a mi padre, por mi carácter, y por mi manera de andar y de moverme, y... lo cierto es que era superior a sus fuerzas, y yo lo comprendía... bastante hacía y bastante se contenía la pobre, que otra en su lugar sabe dios qué perpetraría

y el día de su cumpleaños, el de mi hermano, cumplía veintiuno o veintidós años, no me acuerdo... luego cumplió veintitrés y ya se murió, con mi madre, se murieron los dos, y... el día de su cumpleaños invitó a patricia y trajeron la comida del restaurante, que mi hermano prefería que viniese a casa, para presentarle a la familia en la intimidad y todo eso, y... nos presentó a patricia y nada más verla, ya me di cuenta de que era una hipócrita y una ficticia ¿sabes? una —encaramada— que yo cuando la mencionaba entre mis amigos, y puedo asegurarte que procuraba evitarlo, porque me resultaba tan antipática y desagradable que ni hecha a propósito, y... cuando la mencionaba, que no me quedaba más remedio, la llamaba —la enkaramazov— y... vino y le regaló su última novela, que era su tercera novela, y se la dedicó. y nos explicó que trataba de unas mujeres pertenecientes a dos familias vecinas, una saga o varias, y que estas mujeres sufrían mucho, no sé si por culpa del cáncer o de algún secreto misterioso o de un hombre despreciable o qué. pero sufrían mucho, y patricia las sentía tan cercanas que había trasladado la acción a un pueblo de minnesota. y mi hermano embelesado, de verdad, que la miraba con una sonrisa... beatífica ¿no? como si nunca en su vida me hubiese retorcido el brazo, y... acaba de contar el argumento de su novela, que era un asco, no había más que incestos y porquerías, y... va mi hermano y le pregunta por mis relatos, si los ha leído. y ella, con cara de lástima —ah, sí... bueno,

no están mal, son... interesantes... yo... lo que les veo es... que no llegas a empatizar con los personajes, es como... si los vieses desde fuera, desde el exterior... es...— y ya salta mi hermano —¿no ves que para escribir hay que tener talento, que no vale cualquier zoquete?— y miraba a patricia buscando su aprobación, y la muy idiota entrecerraba los ojos y asentía, y... fijate cómo son los escritores, que le dice a mi hermano, cuando iba a soplar las velas, le dice —espera, antes debes formular un deseo...— te lo juro ¿eh?... ¡debes formular un deseo! que pedirlo le parecía poco, y... ya te digo, así transcurrió aquel banquete de cumpleaños, mi hermano embobado mirando a patricia, yo mirando a mi madre, y mi madre mirando a mi hermano y después a mí, y diciéndome —come...— que era como decirme —deja de escudriñar y atiende a lo tuyo...— que yo aunque no empatizaba, era perfectamente consciente de lo que estaba pasando, de los celos de mi madre

afirman los psicólogos que la angustia nace precisamente de ese miedo, del pánico a perder el objeto de tu amor, a desprenderte, porque sin ese amor te extravías, te desvaneces. yo aprendí esto mucho más tarde, y... mi madre estaba perdiendo ese amor, lo perdía por momentos. y es que alejandro se había enamorado de tal manera que estaba irreconocible, en serio, sólo venía a casa para cambiarse de ropa, y para informarnos de patricia, de lo que había pontificado durante la jornada y de su apetito voraz. y yo miraba a mi madre y sabía lo que pensaba, porque era exactamente lo mismo que pensaba yo, que lo único que buscaba patricia era comer a la carta, y... me apenaba la situación, y que por culpa de esa idiota, mi familia se malograra, y ver a mi madre tan abatida, y a mi hermano que... apenas me pegaba, y de un modo negligente ¿no? desganado, sin fuerza ni aplicación. que al final tuvo que pegarme mi madre, te lo cuento... yo estaba muy preocupado por ella, porque la veía excesivamente abstraída, andaba de un lado para otro con un cofrecillo de plata, en el que guardaba cosas... no sé, sortijas, conchas, un guijarro y las cartas de su amiga, una amiga íntima que se había muerto ahogada en un río, o en un embalse, y... yo las leí, pero... de las cartas no voy a hablar ¿vale? sólo de la bofetada, y... lo que te decía, que me preocupaba ese comportamiento tan anómalo, y el comienzo de unas rarezas a las que no estaba habituado. aun así, intuía... bueno, intuí mal, que el deseo nos hace sonreír anticipadamente, y en vano... creía, o soñaba, que ese amor desmedido de alejandro por patricia, acabaría acercándonos, me refiero a mi madre y a mí, y... yo soñaba... sí, esa es la palabra —soñaba— con abrazar a mi madre, y consolarla, y decirle que ahora me ocuparía yo de cuidarla, y que la cuidaría mucho mejor que alejandro, porque yo poseía la perseverancia y la capacidad de sacrificio y la extrema necesidad y... mientras la seguía por la casa y la observaba, imaginaba mil tiernas escenas y mil ternuras susurradas, y una reconciliación catártica y un sentimiento desnudado y limpio ¿sabes? de esos que te hacen temblar de pies a cabeza, y... una tarde estaba mi madre en la cocina, calentando agua para el té, y tenía en la mano el guijarro ¿no? que era como de pizarra, y... a mí me conmovía tanto, verla con su cofrecillo de plata y acariciando ese guijarro,

que entré en la cocina sin saber muy bien lo que hacía, y me planté a medio metro de ella, o menos, muy cerca, y le dije —mamá...

—¿qué?

—¿me dejas acariciar eso?

—tú...

—mamá...— y al ir a abrazarla, se puso tan tensa que se le cayó el guijarro al suelo, y se volvió... loca, literalmente ¿eh? que se desquició por completo. y empezó a gritarme —¿ves? ¡siempre tienes que ser tú! ¡siempre tienes que hacer alguna!— y me dio una bofetada, una sola, pero tan fuerte que ella misma se asustó, y... yo me eché a llorar en silencio, mirándola, mirando sus ojos, que no se atrevían a mirarme... lloraba porque me sentía impotente, incapaz, porque no sabía luchar contra esa crispación, nunca había sabido, a pesar de mis esfuerzos, de haberlo intentado tantas veces, y con el mejor de los ánimos, y... no sabía, te juro que no sabía, ni convivir con ese desprecio —¡sí, llora, llora! ¡que tú todo lo arreglas con lágrimas!

reconozco que me precipité, me equivoqué, y me dolía equivocarme, porque tenía la certeza de que ese abrazo frustrado, de que ese instante... era lo más cerca que había estado de mi madre, y lo más cerca que iba a estar. durante unos días había vivido la ilusión de ser un hijo de verdad, de ser amado incondicionalmente por una madre de verdad, y ahora esa ilusión se había disipado. si yo había interpretado... lo que hubiese interpretado, era asunto mío, no suyo. así que subí al palomar y me desentendí de mi madre, igual que ella se había desentendido de mí cuando más la necesitaba, cuando yo era una criatura frágil y expuesta, y no podía valerme, y me conformaba con unas gotas de leche tibia en los labios, y una caricia, y una voz afectuosa y nada más, que no necesitaba más. pero no, me lo había negado con toda la crueldad, me había negado su pecho, mi alimento ¿entiendes? porque se trataba de mi alimento, el que me correspondía por naturaleza, no era ningún antojo, era... bah, qué importa... además me repuse pronto, y volví a acomodarme en aquel estado de neutralidad, de indiferencia ¿sabes? que era un lastimoso caparazón, un pobre y último recurso, la más desangelada de las ironías... y... me vienen a la memoria unas palabras de bunik, un poeta y aforista ruso, nikolai bunik... no, yo tampoco lo conocía. bueno, lo conocía por sebastián, y para mí que era él, o sea, que se lo había inventado él, sebastián, supongo que por timidez, porque era muy tímido, o por pudor, no sé... en fin, un día hablando de eso, de mi madre, aunque sin mencionarla, abrió su —cuaderno bunik— y me leyó el siguiente aforismo:

la estupidez se manifiesta  
con absoluta plenitud  
en lo innecesario

en realidad, este aforismo también es innecesario, y poco pertinente, una simple excusa para cambiar de conversación. y es que estoy harto de hablar de mi madre, más que harto. ya está

muerta, ya está, para qué seguir removiendo... ¿no?... ah... ¿y sabes qué hizo? ¿qué se le ocurrió?... pues llenar la casa de obreros, que es lo que suelen hacer las mujeres cuando su mundo se tambalea, su forma de resolver conflictos... meterse en obras. así que secundada por aquellos bárbaros amartillados, levantó suelos, se ensañó con azulejos y alguna pared, y... mientras alicataban los baños, yo me fui con sebastián, y a veces solo, a explorar mi psique con todas las sustancias que caían en mis manos. principalmente, con un jarabe para la tos que tenía propiedades hipnóticas



## la quemada de estramonio

sebastián era mi mejor amigo, mi único amigo, sin que esto signifique absolutamente nada, sólo que pasábamos temporadas juntos y temporadas separados, y que valorábamos más nuestra independencia que nuestra amistad, aunque yo me sentía bastante comfortable en su compañía, y creo que él también. la primera vez que tomamos jarabe para la tos fue en casa de ricky el cojo, una casa que había insonorizado, porque se dedicaba a... bueno, a... hacer música, a desahogarse con guitarras eléctricas, gritando y eso, y... éramos unos diez o más, y cuando nos empezó a subir, nos agobiamos, porque todos eran mayores que nosotros, como alejandro o así, y alardeaban y resultaban ridículos, de verdad. entonces le dije a sebastián que yo me iba a dar una vuelta, que necesitaba respirar un poco de aire puro, y sebastián me dijo que me acompañaba, que no aguantaba a aquellos memos ni un segundo más. y salimos de allí, y nos fuimos medio flotando hacia la torre, que la casa estaba por la antigua cárcel ¿no sabes? y nos desviamos del sendero, que nos apetecía estar solos, y encontramos un lugar apartado entre dos peñascos. el sol aún brillaba sobre el monte de san pedro y bullía en el mar, y era muy molesto, porque sebastián y yo teníamos los ojos claros, y fotofóbicos por el jarabe. así que los entornamos y nos entregamos al sol y al zumbido de los insectos. se estaba bien en aquel escondite... se estaba tan bien que le dije —quiero escribir un relato...

—ah...

—sí... de un niño que no puede abrazar a su madre... la quiere... pero no puede abrazarla...

—¿por qué?

—porque ella... rehúye el contacto físico... siente aversión...

—ya... ¿me dejarás leerlo?

—no, no creo... es algo... muy personal...

—como todo lo que has escrito hasta ahora ¿no?

—sí... lo más seguro es que lo escriba y lo rompa... o que lo entierre...

—yo tampoco podía abrazar a mi madre... ¿te lo conté?

—no me acuerdo...

—¿que se desnudaba?

—no...

—es lo que recuerdo de ella... que se desnudaba y se envolvía en las cortinas... decía que era una crisálida... y... yo... le suplicaba que me dejase entrar... que me dejase estar allí dentro... con ella ¿entiendes?

—sí...

—y...— siguió contándome cosas de su madre desnuda, que le acariciaba los tobillos... recuerdos... demasiado poéticos para ser ciertos. pero qué importaba, había que adornar el dolor, endulzarlo, porque si no... y además qué sabía yo de sebastián... muy poco, prácticamente era un desconocido para mí, y supongo que yo para él... sabía que vivía con su abuela, sabía que su madre no estaba, sabía que su padre se había muerto, no sé si como el mío o de verdad. y en definitiva, sabía que aquel jarabe para la tos tenía propiedades hipnóticas. lo que no sabía es que acabaríamos llorando, abrazados, contemplando aquella bola roja que se nos iba entre lágrimas, se hundía en el mar para iluminar a otros

nada una más que el llanto compartido, y nada avergüenza más. de hecho, estuvimos unas semanas sin vernos... bueno, nos veíamos en el instituto, aunque siempre estábamos ocupándonos con... cualquier cosa, atareándonos, a veces ni siquiera nos saludábamos, y... debo confesar que yo nunca me porté bien con sebastián, aún no había desarrollado un sentido razonable de la amistad, ni de la sociedad, ni de la familia, por supuesto... y cuando lo ingresaron en el hospital y luego en oza, unos años después, que intentó suicidarse, se tragó una piedra de hachís, anfetamina y todo el botiquín de su abuela, incluso las pastillas de la artritis, y... no fui a visitarlo, porque entró en coma y temía verlo ¿sabes?... transformado, distinto, y que me repugnase. me ocurrió lo mismo con mi hermano, que tampoco quería ir, y encima mi madre me había dicho llorando, que tenía quemaduras por todo el cuerpo, y en la cara, en la mejilla, y claro, a mí me daba mucha grima verlo, pero me obligó... y... sebastián, que evitábamos saludarnos y hablar, mirarnos a los ojos ¿no? y... un sábado, alejandro invitó a mi madre al teatro, que representaban algo de chejov, y a patricia le apetecía mostrar públicamente su afectación, y... se marcharon muy atildados al teatro y yo me quedé solo en casa, que no me invitaron, o decliné, y... me quedé en casa y me tomé una buena dosis de jarabe con zumo de naranja, para disimular su sabor, un sabor dulzón y nauseabundo, y... me tomo el jarabe, pongo los últimos cuartetos de beethoven, que los compré y estuve un mes entero escuchándolos ininterrumpidamente, y todo porque le gustaban a proust, le gustaban tanto que había contratado a unos músicos para que los interpretasen en su dormitorio, creo, que también estaba insonorizado, como la casa de ricky el cojo, y... puse los cuartetos de beethoven, que a veces me rompían la cabeza ¿eh? la gran fuga... y... los puse para hacer tiempo mientras me subía el jarabe. y decidí aprovechar ese estado mental hipnótico, introspeccionarme a fondo ¿entiendes? internarme en mis visiones. así que regreso a los pechos gigantes, y a los ojos de aquella niña, de lorena, limpios, que te limpiaban por dentro, y... estoy ahí, en esos ojos, como si los tuviese delante, y de repente entra en mi habitación un enorme murciélago... pero enorme ¿eh? en serio, desproporcionado, y empieza a revolotear alrededor de mi cabeza, de una forma muy desagradable y muy inquietante, y... me dejó helado, que me aleteó en la nuca y sentí un escalofrío que... me paralizó, y... cuando conseguí reaccionar, abrí bien la ventana, y me pasé

horas... bueno, no sé si horas, porque la percepción del tiempo es distinta ¿no? lo que sé es que no quería salir y me estropeó la exploración por completo

a lo mejor consideras que lo del murciélago fue un suceso fortuito y una casualidad y lo que quieras. no sé qué opinas tú de las casualidades... en mi opinión, no existen. y eso que llaman azar tampoco, es simple desconocimiento. todo lo que acontece se relaciona en justa correspondencia, en prodigiosa concatenación. y que patricia fuese una insufrible afectada, que le insistiera a mi hermano una y otra vez, y yo lo sé, hasta conseguir que invitase a mi madre a ir al teatro dejándome solo, que yo aprovechase esa circunstancia y tomase jarabe para la tos, que decidiese ahondar en mis visiones, que los ojos de lorena se presentasen a mi imaginación de una forma tan viva, y que finalmente, aquel murciélago de tamaño desmesurado entrase en mi habitación, por un resquicio de la ventana de apenas diez centímetros, y se negase a abandonarla, no es casualidad, ni es azar... y aún no he terminado, porque tres o cuatro días después, el miércoles o el jueves, se me acerca sebastián en el recreo, y me pregunta si me apetece ir el sábado a la casa de ricky el cojo, que van a hacer una quemada de estramonio... vale, y quién crees que iba a hacer la quemada ¿eh?... exacto, lorena... aunque yo no estaba enterado, porque si me llego a enterar... pero sebastián sí. y cuando entramos en la casa de ricky el cojo, parecía querer atravesarme con la mirada, de lo fijamente que me observaba para ver mi reacción, y... te cuento, todos estaban muy animados en la casa, excitados ante la perspectiva de esa experiencia con el estramonio, esa pócima de brujas. debían de ser unos quince, o casi, doce más o menos, y cuando entramos estaban cantando villancicos, en serio... bueno, ricky el cojo, que tenía el micrófono y no lo soltaba, hasta que se le echaron encima y se lo quitaron, lo apagaron, y... me dice sebastián —ven, vamos a la cocina, a ver cómo lo preparan...— y entro en la cocina, saludo —hola...— y lorena se da la vuelta ¿no? y la veo, que se queda así, mirándome con una media sonrisa. y supongo que esperando un beso, un abrazo, alguna muestra de aquel afecto íntimo que había entre nosotros, y... claro, yo no sabía qué hacer, si besarla en la mejilla, en los labios, ni con qué intensidad. y como sebastián me taladraba con sus ojitos verdes, y anita, y los otros dos, pues... no hice nada. sólo dije —vámonos, que aquí estamos molestando...— es lo único que se me ocurrió decir, porque... no sé qué me pasaba con lorena, de verdad, por qué me repelía tanto. había en ella algo familiar que yo inconscientemente rechazaba, y no me refiero a esa tontería de ser hermanos de leche. no, era algo mucho más profundo. yo creo que la culpa de mi creciente misoginia la tenía mi madre, y mi hermano, y lo clasistas que eran, lo estirados... la consecuencia lógica de esa educación malsana que había recibido, de esa aspereza, la manera tan deficiente de relacionarme, tan poco afable, y... eso, que no sé qué me pasaba con lorena, porque ya vestía bien, o sea, normal, igual que el resto, y era muy guapa y diecisiete años recién cumplidos y una personalidad que hechizaba, y lo digo por su seguridad en sí misma, no por lo otro... y todos eran amables y la deseaban, los mayores, que no paraban de hacer comentarios obscenos cuando no estaba presente,

que delante de ella no se atrevían, y... al ver que lorena no les hacía caso, y en cambio a mí me trataba con cierta deferencia, que buscaba mi mirada, mi complicidad, y me sonreía y yo nada... se convencieron de que no me gustaban las mujeres, que estaba enamorado de sebastián, porque andábamos juntos, y porque además, siempre que íbamos por ahí, por la calle, paseando, oíamos cuchicheos y murmullos de admiración. y no es por envanecerme ¿eh? que a lo mejor sólo eran por él, porque era realmente atractivo, y tenía unos ojos muy bonitos, y la boca, los dientes muy blancos, y... en fin, no sé cómo estará ahora, que no hay belleza que no arruine un psiquiátrico

me fui con sebastián, nos fuimos a la habitación grande, donde estaban los demás, y nos sentamos en uno de los almohadones que había por allí tirados, en un rincón. y ya empezaron a meterse con nosotros, le decían a ricky el cojo que estaban preocupados —ricky, estos son menores de edad ¿no?— y otro —sí, y muy delicados...— y se reían —a ver si les va a pasar algo, alguna desgracia...— sebastián y yo nos miramos, que no sabían con quién se metían, y... entonces entró lorena con su ayudante, con anita, una que un par de años después, tuvo problemas con un feto que se le atascó en un desagüe, y venían... los dos moscardones detrás, que no se apartaban de ella ni un segundo, de lorena, y que eran los más dicharacheros y encantadores de todos, ya me entiendes... traían una cazuela de barro, llena hasta el borde de un líquido verde, verdoso. y anita —también hay infusión, para el que quiera...— apagaron la luz y encendieron unas velas, y el aguardiente del cucharón. lorena recitó su conjuro, tan solemne y tan... que nadie abrió la boca, en serio, ni una broma ni nada, y... mientras las llamas caían en cascada del cucharón, su voz se adentraba en mí, se adueñaba de mi voluntad, al menos de una parte. y estaba preciosa, te lo juro, fue la primera vez que su belleza se me hizo evidente, porque... yo poseía el don, o la cualidad, aunque es posible que tú lo consideres un defecto, de que siempre que trataba a alguna mujer, o a cualquier otra persona, adivinaba en el curso de la conversación, que ciertos ademanes y ciertas expresiones habrían de repetirse en el futuro y resultarme irritantes. me anticipaba... y te pongo un ejemplo ¿eh? mi tía laura... mi tía laura y su risa animosa, el modo en que la forzaba. claro que no la culpo, porque con mi madre todo era fingimiento, incomodidad, y... sin embargo, lorena... a pesar de mantener una actitud demasiado servil hacia mí, y sólo hacia mí, debido a esos sentimientos que la debilitaban, había... instantes muy precisos en los que lorena se adensaba y trascendía la vida, la estricta existencia... sí, esto no lo entiendes, y yo no sé explicártelo mejor. tendrías que contemplar sus ojos, la intensidad de su mirada, y esa hermosa severidad, su distinción, su absoluta majestuosidad, su... lo que quieras, que me canso de enfatizar

bien, sirvieron la quemada en vasos de plástico. y ricky —¿eh, lorena!— le hizo un gesto para que se sentara a su lado. lorena me miró sonriente y fue a sentarse con él, que las mujeres son inconscientemente crueles, están modeladas así, es su naturaleza, y no lo pueden evitar... y si lo

pueden evitar, no lo evitan, que les da igual. tal vez sea necesario para alimentar el interés, la tensión sexual, no lo sé... porque si vieras a mi madre cuando íbamos de compras, o a pasear por ahí, por la calle real y los jardines, o por los cantones. si vieras lo embelesada que iba del brazo de alejandro, cómo lanzaba miraditas frívolas y miopes a su alrededor, desde lo alto de su atalaya, de sus zapatos de tacón. y cómo todas esas miraditas frívolas y miopes pasaban por encima de mí sin detenerse... en fin, que acabábamos de llegar y yo ya estaba deseando marcharme, de verdad, y además sebastián se había ensimismado en su —cuaderno bunik— y estaba escribiendo... sus cosas. por eso te dije antes que bunik era él

sí, bunik era él, y estaba distraído, ni siquiera se había fijado en anita, que se había sentado a sus pies, esperando con la más almibarada de sus sonrisas que... la mirase ¿no? para ver si entablaba algo, una conversación o algo. y como sebastián no levantaba la cabeza de su cuaderno, me sonrió a mí —¿quieres más?— y yo le dije que sí —gracias...— y a continuación le preguntó a sebastián —¿y tú, quieres?— y sebastián, aún más parco que yo —vale...— y... bueno, abrevio, que si tengo que pararme en cada tontería, no acabamos nunca... y... yo estaba rabioso, porque lorena seguía de cháchara y risas con aquellos idiotas que se habían metido con nosotros. así que nos bebimos la queimada, y después trajeron la infusión de estramonio, que era asquerosa... a mí me recordaba el té japonés que nos regaló mi tía laura, que lo probé y lo vomité al momento, y además me mareé y me daba vueltas todo, la habitación y todo... y... eso, que la infusión de estramonio era asquerosa hasta decir basta, peor que el té japonés y peor que el jarabe para la tos, un sabor horrible. yo sólo bebí unos sorbos, y el resto, lo que me quedaba en el vaso se lo bebió sebastián, y aún pidió otro más, y... claro, se desmayó. exhaló un suspirito y se desplomó, se cayó sobre el cuaderno, y yo... a mí se me desbocó el corazón, en serio, me asusté. porque estaba medio aturdido con el estramonio, y creí que se había muerto de un ataque cerebral, un derrame o una apoplejía. luego me explicó, cuando recobró la consciencia, si es que alguna vez había estado en posesión de algo tan escurridizo, y lo digo también por mí ¿eh? que no quiero ser injusto, ni hablar con excesiva ligereza de sebastián, y menos en las circunstancias actuales... y... nos explicó, mientras lo acompañábamos a casa, que venían lorena y anita, que... en realidad, él no se había desmayado por el estramonio, que él —jamás— se desmayaba por las sustancias que consumía, sino por los pensamientos, por las cosas que escribía —no... yo... es al escribir, que... es como rasgar un velo, una capa muy fina de... ¿entendéis?

—yo sí...— le contestó anita. y sebastián prosiguió sin prestarle atención —noto que paso al otro lado de... algo... de algo intangible... y pierdo el conocimiento...— pero esto nos lo explicó después, lo aclaró. ahora está completamente desmayado sobre su cuaderno, y... ah, si quieres saber lo que escribió, porque... yo le guardé el cuaderno... por cierto, que han publicado una selección de los —cuadernos bunik— te lo digo por si te interesa conseguir el libro. yo no lo he leído, ni creo que lo haga... me desagrade pensar que hable de mí, que me censure por no haber

ido a visitarlo al hospital... o reconocerme en algo, que cuente alguna intimidad que pueda malinterpretarse, que la gente es muy cretina, y... lo que te contaba, que le guardé el cuaderno, y al cerrarlo, leí lo último que había escrito, y venía a decir:

y aún sigo aquí  
muerto, y rojo frío  
condenado a preguntar  
por qué duele tanto la muerte

y al parecer, lo encerraron en oza precisamente por esto, por el síndrome de cotard, porque aseguraba que estaba muerto. que a mí ya me lo había dicho muchas veces, y nunca le di la menor importancia. de hecho, yo también lo había pensado, quién no lo ha pensado en alguna ocasión ¿eh?... que nuestra vida, nuestra existencia no es más que una sucesión de muertes. y no es para encerrar a nadie ¿no?

en definitiva, y a ver si vamos fluyendo, que sebastián está completamente desmayado sobre su cuaderno ¿vale? y yo oigo las risas, y los comentarios —¿ves, ricky, qué te dije?— y más risas. y me levanto, y lorena también, que la ha llamado anita para que la ayude con sebastián, y... nos cruzamos... la miro, me mira, nos miramos, y voy a la cocina a coger un cuchillo enorme que había allí, con el que habían estado cortando las planchas de hachís, que aún tenía el filo emnegrecido, y... vuelvo a la habitación con el cuchillo ¿no? y todos pálidos, suplicándome con cara de —yo no fui— que no se atrevían ni a moverse, y... entonces cojo el cuchillo y me hago un corte bastante profundo en el antebrazo, y empiezo a sangrar y a sangrar, y todos tragando saliva. y ricky —¡joder, lorena!— porque intuía que era la única que podía arreglar aquello. y lorena se acercó a mí y me detuvo, como el ángel de abraham ¿no sabes? en la tierra de moriah. y estaba muy disgustada... yo sonreí, porque me acordé de la granizada, y tenía gracia... que ella me hiciese sangre entraba dentro de lo conveniente, pero que me la hiciese yo era imperdonable —¿qué haces?... ¿qué haces, eh?

—nada...

—pues dame eso... ¡dámelo de una vez!— me arrebató el cuchillo de la mano y se lo dio a ricky, que se apresuró a reunir todos los cuchillos que había en la cocina y esconderlos. y lorena —ven, anda...— me dijo más calmada, y me llevó al cuarto de baño para curarme. abrió el grifo del lavabo, y puso la herida bajo el chorro de agua mientras rebuscaba algún desinfectante en el armarito —qué bruto eres... ¿por qué haces estas cosas, eh?

—no sé...

—no necesitas hacer ninguna demostración...

—no sé por qué lo he hecho...

—sí que lo sabes...

—no, lorena, te juro que no...

—sí, lo sabes... y yo también, y es ridículo... joder, aquí no hay nada... vamos a casa... espera...

— se quitó la camiseta, una camiseta negra de tiras, que tenía por debajo del jersey, de estas de nailon, y me la anudó en el antebrazo

## posesión

qué importante es aprender a envolver nuestros actos con las razones más adecuadas, más nobles y ventajosas, qué importante es salir airosos ante los demás, ante lorena. le dije que... y en parte era cierto ¿eh? le dije que estaba desesperado por mi madre, por lo que le pasaba con alejandro, los celos, que se sentía abandonada, y porque su amargura era un recordatorio de mi propia inutilidad, de que no servía ni para consolarla un poco, de que no me consideraba ni un segundo hijo, ni un último recurso, no era nada para ella. y le conté lo del guijarro, lo de la bofetada que me dio, y... empecé a temblar. y lorena —¿estás bien?

—me duele mucho el brazo... creo que me he cortado un nervio, un tendón o algo...

—¿quieres que vayamos a urgencias?

—no, que me hacen un informe, y la policía y... ¿no puedes curarme tú?

—sí, yo te curo... ¡ana! ¡anita!— llamó a su amiga, que iba abrazada a sebastián, sosteniéndolo por la plaza de españa. nos esperaron, y... cuando sebastián me reconoció, supongo que se acordó de la conversación anterior, un recuerdo impreciso y evanescente que le hizo venir entusiasmado a mi encuentro, apoyar sus manos en mis hombros y —algún día... lo sé... sé que algún día escribiré un pensamiento... grandioso... y ya no volveré...— y se quedó mirando arrobado a través de mí, de mis ojos, sonriéndole a aquella —grandiosidad— yo me impacienté y le dije que me dolía el brazo, y era verdad, me dolía muchísimo —me duele el brazo...

—ya... mañana te llamo ¿vale? te voy a buscar...

—sí, mañana...

—tengo que hablarte de esto...— y siguió sonriendo, que no se había enterado de nada

la madre de lorena estaba enferma, se ahogaba, le habían diagnosticado bronquitis, depresión, corazón débil, desgaste de rótula y otras vaguedades, además fumaba mucho. la oí toser desde el pasillo, y discutir con lorena, porque quería levantarse a verme la herida. al final tuve que entrar yo en su habitación y enseñarle el brazo. sólo dijo —saliva...— se lo dijo a lorena —saliva...

—ya lo sé, tranquila... ahora duerme... ¿te cierro la puerta?

—sí, ciérrala...

—que descanses...

—sí... me alegra que esté aquí...— lorena cerró la puerta y nos fuimos al cuarto de baño —¿has oído?... dice que se alegra de que estés aquí... y yo también...— abrió el grifo del lavabo y



comprobó la temperatura del agua, y entonces... me lavó las manos... sí, en serio... nunca entendí por qué me lavó las manos, pero era agradable sentirse así, cuidado, protegido, y no hostilizado por todos los miembros de una familia, hostilizado —sistemáticamente— desde mi destete por una familia antipática y arisca y que merecía la muerte mil veces. sí, mil veces y más por haber destrozado mi vida. aunque no creo que ese deseo oculto, y absolutamente inexpresado, fuese determinante en su —accidente— que tuviese alguna influencia. en fin, ya hablaremos de esto en su momento. lo importante es que lorena me lavaba las manos con jabón líquido, y yo miraba la seriedad de su semblante ¿no? la ternura con que frotaba cada uno de mis dedos y entrelazaba los suyos. era tan agradable que la besé en la mejilla y le dije —loreana...— porque me acordé de cuando éramos pequeños, y me llevaba de la mano por aquellos parajes ¿te acuerdas, que te lo conté al principio? y yo iba confiado, eufórico, igual que en una plenitud anfetamínica, igual que un dios de visita, inalterable. y la besé en la mejilla —loreana...

—¿qué?

—¿me llevas por esos sitios?

—después...— y me abrazó con una sonrisa, y... fue como si me arrancasen la angustia de dentro ¿sabes? como si la disipara. porque a mí nadie me abrazaba. yo creo que la última persona que me había abrazado, había sido sebastián, aquel día que lloramos juntos con el jarabe. bueno, no, mi tía laura también me abrazaba siempre que venía. pero ese abrazo de lorena era distinto, acogedor, tan intenso, y tan dulce... y no por ser hermanos de leche ¿eh? que es una idiotez. no sé para qué te lo he contado

bien, y... me lamió la herida, fue algo tan íntimo, uno de esos instantes que detienen esta sucia inercia, esta insana, infame dejadez, esta... ya está, suficiente, que no me gusta caer en el resentimiento... y... me lamía, y yo la acariciaba mientras me lamía, como en una felación, como cuando era pequeña y me chupaba, y yo la acariciaba y ella me miraba y me sonreía. después me llevó a su habitación y me desnudó, me metió en la cama —voy a prepararte una tisana...

—no, lorena, no... me apetece...

—sí, voy a prepararte una tisana, y te la vas a beber entera...

—vale... tú decides...

—sí, y no lo olvides... yo decido ¿entendido?— me besó en los labios y salió a preparar la tisana, entornó cuidadosamente la puerta, como si guardase algún tesoro. luego pensé que no, que no era por mí, que lo hacía por la enfermedad de su madre, para no molestarla, y... me quedé allí, solo, meditando tonterías. por ejemplo, que estar en la habitación de una mujer equivale a estar dentro de ella, es exactamente igual. por eso mi madre nunca me permitía entrar en la suya —¿qué haces aquí, eh?— me decía, antes de expulsarme. y una vez que me sorprendió en su tocador, delante del espejo, con su perfume y su maquillaje y perfilándome los ojos, me castigó. y ya te puedes imaginar lo que me llamó mi hermano ¿no?... bueno, y estaba tan bien allí, en la habitación

de lorena, en su cama, era todo tan agradable, tan acariciador, que cerré los ojos y me abandoné, me dejé ir en aquellos vapores del estramonio, y tuve mi tercera visión... sí, ya voy por la tercera. no es culpa mía si no prestas atención

al principio eran hojas de estramonio, las que estaban escurriéndose en el fregadero de la cocina, que se erguían y se enmarañaban formando letras, después se alisaban en una superficie verde, un tapiz, y todo era color, sólo color, un verde que te calmaba, una cosa muy rara... hasta que ese color se hinchaba y se rompía como una burbuja, como una pompa ¿no? y se abría a un campo lleno de silencio, y a una pequeña colina... sí, siempre hay colinas en mis visiones, no sé por qué... y... en lo alto de esa colina había un árbol de piel, o sea, humano... te lo explico lo mejor que puedo... y yo sabía que al otro lado estaba su rostro, el rostro del árbol ¿entiendes? así que empiezo a caminar colina arriba, sintiendo la brisa en mi cara, en mi nariz, por aquí... y abro los ojos, y era lorena, que me estaba haciendo cosquillas. y yo —loreña...

—una visión ¿verdad?

—sí... ¿cómo lo sabes?

—lo sé todo sobre ti...

—ya, seguro...— me defendí. aunque era cierto, y si no lo sabía todo, le faltaba muy poco, ya verás... me trae la tisana en una taza, un líquido rojo, muy parecido al jarabe expectorante que me recetaban de pequeño, y que me causaba una gran irritación, no es ninguna broma ¿eh? que no hacía más que andar por ahí, despoticando en voz baja, y... por supuesto que tenía razones para despoticar, tenía un millón de razones. sin embargo, el prospecto del expectorante, en las reacciones adversas y los efectos secundarios, lo advertía claramente —IRRITABILIDAD— y... la tisana, que era roja, del mismo color. y le pregunto —¿qué es?

—té rojo y...

—¿y qué?

—y lo que no te importa...

—ah, entonces no lo tomo...

—a ver... ¿tú confías en mí?

—no lo sé...

—¿sí o no?... ¿confías en mí?

—sí...

—pues tómate la tisana... y enterita...

—vale...— y me la tragué —enterita— hasta la última gota. eso sí que fue una demostración, porque yo era perfectamente consciente de que me estaba bebiendo su sangre... me refiero a su sangre menstrual, a la... bueno, me da igual que no te lo creas. pero yo lo sé, porque una vez me contó que había aprendido a hacer bebedizos, filtros para enamorar a quien quieras, y que cuando

fuese mayor y le viniese la regla, iba a prepararme uno —para que no discutamos nunca...— esto me lo dijo antes de la granizada, antes de que nos enfadáramos

es extraño sentirse el centro de un ritual, es una sensación ambigua y meditable, pero yo lo deseaba, porque confiaba en lorena, porque por primera vez en mi vida, y la llamo —vida— por extensión ¿eh? y para entendernos, que no hay otro motivo, y... por primera vez en mi vida era para alguien un objeto de atención, y no un objeto de desprecio, de desdén, de fastidio, un molesto objeto de diecisiete años, un bulto, una excrecencia, un sinsentido, en definitiva, una mierda... y perdón... y... me bebí su sangre, y cuando terminé, ella abrió un frasco de cristal y me dijo —cierra los ojos...

—¿qué es?

—esencia de violeta... es como un aceite...— que la verdad, no sé para qué le pregunté, si total... y me extendió aquel unguento, me trazó unas líneas, o unas letras desde las sienes, y me acarició la frente muy despacio. y yo —lorena, si me haces así, me voy a dormir...

—pues duerme, no te preocupes... yo estoy contigo...— pero no estaba conmigo, estaba en mí, dentro de mí. te lo cuento... esto es más corto ¿vale? más corto que la visión... en realidad, fue una posesión, como una posesión. me ocupó íntegramente, no encuentro otra manera de expresarlo, y... yo estaba en una estancia grande, una habitación sin muebles, y había unos ventanales muy amplios, y un juego de horizontales y verticales, igual que en mondrian ¿no sabes? y yo estaba en medio de la estancia, y sentía una respiración y un aliento aquí, en la nuca. y ese aliento me entraba por la nuca y me ocupaba la frente entera. y era lorena, te lo juro. y abro los ojos y le digo —lorena ¿qué haces dentro de mí?

—nada...

—¿qué me estás haciendo?

—nada, tonto

redención

## cuaderno lorena

los primeros días, y semanas, incluso meses... o sea, al principio nuestro amor era muy sexual y apasionado, casi desesperado. lo que quiero decir es que en algún momento me resultaba excesivamente sucio, y yo no estaba habituado a eso, era una persona pulcra y reservada, y contenida. ya sé, me objetarás que una persona contenida no necesita atravesarse la piel, horadársela con un cuchillo, ni hacerse cortes en los brazos para mostrar su sangre a los demás y ver cómo reaccionan, cómo se intimidan. pues precisamente ahí radica, o radicaba mi contención, porque con mi historial y mis antecedentes familiares, me sobraban atenuantes y eximentes para cometer cualquier atrocidad. y sin embargo, nunca le hice daño a nadie, nunca, si exceptuamos a mi compañero de clase, el del compás ¿te acuerdas, que le clavé el compás? y aun así, la causa fue uno de esos malentendidos que le pueden suceder a cualquiera, y... me perdí, no sé a qué venía esto, de qué te estaba hablando... sí, de la suciedad, del sexo sucio, y... lo que te quería decir, que yo al tomar aquella tisana, también tomaba la decisión de salir de mí, de mi casa, del palomar, porque... para mí la vida no es lo que ocurre fuera de nosotros, sino lo que ocurre por dentro ¿entiendes? y lo que estaba ocurriendo dentro de mí desde hacía diecisiete años, era horrible, era la putrefacción, mi propia putrefacción. por eso decidí salir y abrirme a lorena, a la vida que representaba. y me entregué creyendo que podría mantener cierta sobriedad ¿no? que podría situarme por encima de aquel empuje absolutamente preternatural. fijate que hasta me compré un cuaderno pequeño, de bolsillo, una especie de —cuaderno lorena— en el que pretendía anotar cada palabra, cada sensación, cada extrañeza

el cuaderno me duró poco, y no sirvió para nada, porque nunca me acordaba de anotar las cosas. y cuando me acordaba, no les encontraba sentido, ninguna singularidad. y te pongo un ejemplo, mis paseos con lorena, los cambios de escenario ¿vale?... la primera vez que llevé el cuaderno, recuerdo que íbamos por atocha y lorena me dio la mano, y entramos en un callejón bastante estrecho, muy angosto, y al salir de ese callejón, todo estaba iluminado por un sol tibio y dorado, y había una avenida de tierra, sin empedrar, entre columnas, flanqueada por columnas exentas sin otra utilidad que la de flanquear, un simple ornamento, y... también había grupos de personas conversando en un tono comedido, y sosegado, y era todo... perfecto ¿entiendes? era tan hermoso caminar por aquella avenida, que le dije a lorena, y la abracé en mi súplica. le dije —lorena, yo no quiero volver... quiero estar aquí, vivir aquí contigo... anda...— y lorena me acarició la mejilla

y me sonrió con algo de tristeza, como apenada, y... me besó y ya estábamos de regreso, en serio... y si al adentrarnos en esas calles de atocha, yo sacaba decididamente mi cuaderno del bolsillo y empuñaba el bolígrafo, al momento y con la misma determinación volvía a guardarlo, porque... no sabía qué escribir, y es que todo era igual, igual que esto, completamente igual, y sin embargo, completamente distinto. y yo miraba a mi alrededor, escudriñaba lo que me rodeaba, y me preguntaba qué estaba sucediendo, qué había cambiado, y no hallaba respuesta. y un día, me llama sebastián y me dice que ha conseguido una anfetamina portuguesa y que si me apetece, y... estuvimos quemándola por el dique, y él me hablaba de lo que escribía, de —ir más lejos— y que buscaba —caer del otro lado— y nos sentamos en un banco, cerca del castillo de san antón, ya era de noche, y nos quedamos callados, ensimismados en aquella danza de las luces en el agua. y yo empecé a pensar en lorena y en esos paseos, y llegué a la conclusión de que el cambio estaba en mí, de que al nacer creamos un punto de referencia, de perspectiva, lo interiorizamos ¿no? y desde ese punto trazamos líneas sobre el mundo. y cuando lorena me cogía de la mano y me guiaba por esas callejuelas, ese punto de vista se desplazaba. por eso todo seguía siendo objetivamente igual, y al mismo tiempo distinto, como vivir una segunda vida. no puedo explicarlo mejor

pues ese cuaderno lo perdí por la ría del burgo, por la zona del pinar, o los eucaliptos que hay en santa cristina, en el arenal. te lo cuento, aunque sé de antemano que no te lo vas a creer. resulta que... estábamos lorena y yo cerca de la torre, contemplando la puesta de sol y besándonos, diciendo ternuras y tonterías. el sol ya estaba muy rojo y medio hundido en el mar, parecía la erupción de un grano en la piel tersa del horizonte... bueno, no es una imagen muy agradable, pero se me acaba de ocurrir, qué quieres... y le digo a lorena —fin del espectáculo...— o algo así. y ella me sonríe —no, ya verás...— y me coge por la cintura, y siento una opresión aquí, en el pecho, una angustia amable ¿no sabes? como... para que lo entiendas, como cuando era un bebé y mi padre me lanzaba al aire, y yo sonreía con los ojos muy abiertos, y mi padre me recogía en sus brazos y volvía a lanzarme, que... a lo mejor esta escena me la he inventado, o la he imaginado y nunca sucedió, y sólo es una idealización de mi padre, de la figura paterna, como no está... o quizá la presencié en alguna ocasión y mi deseo realizó la transferencia... en fin, la angustia amable, que lorena me cogió por la cintura, por el cinturón, y al momento noto que me estoy elevando en el aire, que nos elevamos los dos juntos, y... te lo juro, es la verdad, me da igual que te lo creas o no. y miro, desde unos cincuenta metros de altitud aproximadamente... no, mucho más, cien o más. y miro y el sol se había trasladado un poco hacia la izquierda, hacia el monte de san pedro, y alzado por encima de la línea del horizonte, como si se hubiera despegado para iluminar la ciudad, y... a mí me recordaba a proust, a lo que contaba de aquel escritor, de bergotte, que se murió mientras contemplaba la pared amarilla de vermeer, que... la estaba admirando en un museo, en el mauritshuis, y le dio un ataque. te lo digo porque vista desde las alturas, y bañada en aquella luz rojiza, mi ciudad estaba tan hermosa que yo también podría morirme ante tanta belleza, o

desmayarme como proust, que proust se desmayó en la sala delante de ese mismo cuadro de vermeer —vista del delft— y de esa pared amarilla. no es broma, y tuvieron que sacarlo de allí porque se ahogaba, que no podía ni respirar, y... mi ciudad, que era de una belleza deslumbrante... vista desde las alturas ¿eh? desde el aire, que... luego te acercas y ves lo que anda por ahí abajo, y te entran ganas de fumigarla. en definitiva, que el cuaderno se me cayó del bolsillo cuando sobrevolábamos la ría del burgo, y ya no compré otro, para qué. si lo encuentras, puedes quedártelo

## el poetiso

ahora debería hablarte de mi cuarta visión, pero me la guardo porque es demasiado evidente, y hay que reservarse, y aprender a callar. y además ya estarás tan harto como yo ¿no? de tanta visión. aun así te diré a qué hacía referencia, a que yo me sentía completamente unido a lorena, de verdad, como si me hubiesen lacrado a ella. tal vez por... amor, no lo sé, o tal vez por haberme bebido su sangre menstrual, que la bebí porque quise ¿eh? fue una decisión personal, que nadie me mandó. sin embargo, había algo inaccesible en lorena, y en la vida y en todo, algo inasible, algo que se me escapaba entre jadeos, que no alcanzaba. y cuando nuestros cuerpos ya se habían agotado —apretando con ansiedad sus dientes amorosos— esa sensación perduraba, y... a ver, mi interpretación es esta, que le pasó exactamente lo mismo a balzac ¿conoces la historia?... te la cuento... verás, la madre de balzac se llamaba laure, y tuvo un hijo sin nombre ¿vale? porque no le dio tiempo ni a bautizarlo, que se murió a la edad de veintitrés días. y a este primer hijo, y durante esos veintitrés días, lo amamantó y lo acarició y lo mimó y quién es mi bebé precioso y venga nanas y bromas y cosquillas, como hacen todas las madres decentes y decorosas, que no les importa sacrificar su comodidad, incluso disfrutaban ofreciéndole el pecho a ese bebé, a esa inocencia limpia, y meciéndolo con su voz más dulce, y... se murió y encargaron un ataúd pequeñito, ya te puedes imaginar, y laure lo llevó en brazos hasta el camposanto, y le iba cantando sus nanas, susurrándolas. y cuando lo enterraron, y empezaron a arrojar tierra sobre el ataúd, ella se tapó la cara con las manos para no verlo, y continuó cantándole a su bebé como si pudiese recuperarlo, como si esa nana se lo devolviese... y... yo no debería contar estas cosas, no debería hablar de algo que me afecta, que me sangra por dentro, no debería... en fin, en mayo del año siguiente, el veinte de mayo, nació su segundo hijo, honoré, o sea, balzac, y laure tenía tanto miedo a... amar de nuevo a aquella criatura y a que se le muriese y a enterrarlo, y a enterrarse con él, que lo apartó de su lado, lo alejó, se lo envió a una nodriza que vivía en las montañas, o donde fuese, para que lo criara en aquel destierro, y... balzac nunca se lo perdonó, y muchos años después, casi en su lecho de muerte, escribió —nadie puede hacerse una idea del daño físico y moral que me causó la frialdad de mi madre. cuando regresé a mi casa, estaba tan abatido, y tan desvalido, que la gente al verme sentía lástima de mí— bien... te cuento todo esto para que entiendas qué significa tener una madre así, como la de balzac, o como la mía

significa que han emparedado tus sentimientos, que ya no eres susceptible de ternura, que es lo que



me ocurría a mí con las mujeres, bueno, con mi madre y con lorena. por eso prefería entregarme a cualquier ritual, a cualquier antojo de lorena, a beberme su sangre mensualmente, antes que permanecer insensible hasta mi muerte, lo digo en serio ¿eh?... sentir... sentir algo, lo que sea, y aunque duela... pero sentir... y... lo de alejandro, que... íbamos por la calle real, lorena y yo, y nos cruzamos con mi hermano, que venía de frente —como hecho de una tabla— en expresión de mateo alemán. y pasó de largo, sin saludarnos. y lorena —¿no has visto a tu hermano?

—no...

—acaba de pasar...

—ah...— y me encogí de hombros ¿no? y creí varias cosas, equivocadamente, que a veces no hay más mundo que el nuestro, y no vemos más allá. creí:

1. que de repente me había hecho mayor, un adulto, y respetaban mis decisiones, y aceptaban a lorena
2. también creí que en cuanto llegase a casa se pondrían a gritarme y a mostrarme su consabida repugnancia y su animadversión
3. por último creí que yo ya no les importaba, que mi familia se había roto definitivamente

y en esto no iba tan descaminado, que llego a casa y me encuentro a los dos allí, a mi madre y a mi hermano, abrazados en el sofá, alejandro con cara de llorar. y me dice mi madre —¡cierra la puerta!— que querían estar solos. y subo al palomar pensando que mi hermano estaba chiflado, y que era ridículo abatirse tanto por... lo de lorena. y al día siguiente, era sábado, bajo a desayunar y lo veo con la misma cara del día anterior, del viernes, y a vueltas con el café, con la cucharilla, y... no sé, a lo mejor hice un gesto así, como que no era asunto mío, y él lo malinterpretó, no lo sé... y va y da un tremendo manotazo en la mesa, que derramó el café y la taza y el platillo, que salieron volando, y grita —¡estoy hasta los cojones de tus risitas!— y se levanta y ya empieza a puñetazos conmigo, en los brazos, que yo intentaba protegerme, y en el pecho, y uno aquí, en la nariz, que se me nubló la vista y me hizo sangrar, que aún tengo el tabique nasal desviado ¿no lo ves, que está un poco desviado, y la jorobita? y viene mi madre corriendo con el botiquín de primeros auxilios, y el algodón y los brazos en alto para detener la hemorragia, y... viene, me examina la nariz y dice —bah, no se nota nada...— me lo dice literalmente. y sí que se notaba, que estaba todo hinchado, y los ojos y todo. y llamé a lorena y tuve que mentirle, le dije que no podía ir a buscarla, que tenía que estudiar para un trabajo de física, o de filosofía, porque si le digo la verdad y me ve la cara, el daño que me habían causado, los mata a los dos, te lo juro, los fulmina con un aporte de los recios, de cuchillas y cristales y bolas de fuego, y... un par de días después, sube mi hermano al palomar, y claro, yo cogí el abrecartas, que era de mi padre y lo tenía de recuerdo, y de adorno, porque yo no recibía cartas de nadie. y lo cogí por si acaso, por si había subido con la intención de rematarme, y lo necesitaba para mi legítima defensa. y entra mi hermano y viene hacia mí balbuceando —yo... yo...— y lo primero que pensé —un paso más y le clavo el abrecartas— es lo que pensé, y estaba dispuesto a hacerlo para salvaguardar mi vida. y

entra y se me acerca absolutamente desbordado —yo... yo... yo deseo pedirte perdón...— que estuve por clavárselo igual, por pura humanidad, y es que patricia lo había estupidizado. y me abraza lloriqueando —perdón... perdóname... yo sólo quiero lo mejor para ti... perdona, hermano mío...— bueno, no sé si me dijo —hermano mío— pero de verdad que estaba idiota, era lastimoso ver en qué se había convertido, aquel desmoronamiento. daba grima, en serio... desde luego, a mí me resultaba tan violento, tan embarazoso, que hasta me puse colorado

uno de esos días fui a la casa de lorena, iba casi siempre a última hora de la tarde, porque tenía que atender a la clientela de su madre y no podía salir. ya te dije antes que su madre estaba enferma ¿no?... sí, estaba en la cama con diversos achaques. yo creo que no era más que tedio, que estaba harta de todo y se quería morir, y es extraño en una bruja, porque pueden hacer mil cosas, y ya sólo andar por el aire es muy distraído. claro que a lo mejor acabas cansándote, que es lo malo de la vida, la constante repetición. por eso los seres humanos procrean... sí, los animales también, pero yo estoy hablando de los seres humanos, que no procrean para la supervivencia de la especie, como se ha venido manteniendo hasta ahora, sino para revivir en los ojos de su descuidada progenie, aquellos primeros instantes de asombro, incompreensión o capricho. y... nada, que estoy en la habitación de lorena, esperando a que termine de hurgar en el futuro de algún desdichado, de esos que no mueven un dedo sin consultarlo, sin cerciorarse de que las cartas son propicias, y... pensando en lo que decía sebastián, o bunik o quien fuese, cuando me oía despotricar, que me decía:

no debes usar la verdad  
contra los demás  
como arma arrojada

y sí, tendrá razón, pero yo no puedo elevarme tanto. y para mí eran todos unos idiotas, no por creer en lorena y en sus cartas, en el tarot y eso, porque te aseguro que nadie creía en lorena más que yo, sino por... vivir tan condicionados, por malvivir, por... se nota que estoy haciendo tiempo hasta que venga lorena, a que sí... bueno, digo esto de los idiotas por mi hermano, porque unos minutos después lo calificué como el grandísimo idiota que era, verás... cuando salía de una consulta, lorena estaba muy excitada sexualmente, por la adivinación, que la ponía así, en ese estado. de hecho, tenía que masturbarse entre consultas, y... paciencia ¿vale? ya te cuento lo de alejandro, pero hay que ir paso a paso... en fin, que entra lorena en la habitación —¡por hoy se acabaron las visitas!— y se desnuda, me desnuda a mí y se me echa encima, a horcajadas —mira qué mojada estoy... una pregunta... ¿tú me quieres?

—sí...

—¿me amas?

—sí...

—yo creo que no, que aún no me amas debidamente. así que... me veo obligada a recurrir a un ritual antiquísimo... pero muy eficaz... primero, te froto así... ¿ves?... te froto la polla con mi coño... te mojo... después... subo hasta tu corazón... y te lo froto... así, muy bien... y después... más arriba... te froto la frente... quieto, estate quieto... así, bien mojadita... para que sólo pienses en mí... y ahora... a tu boca... eso es... para que te alimentes... así... come todo, mi amor... ay, cómeme el coño, que lo necesito...— su lenguaje se volvía algo crudo, porque sabía que a mí me azoraba oírle hablar de esa manera, con esa franqueza, y supongo que también creía que me excitaba. y sí, me excitaba un poco, aunque seguía resultándome demasiado crudo, me incomodaba, y... finalizado el ritual, nos quedamos en silencio ¿no? con esa tristecita postcoital, y de repente me pregunta por alejandro —¿qué tal está tu hermano?

—idiota, igual que siempre...

—pobre...

—¿por qué?

—porque lo debe de estar pasando muy mal...

—¿por qué?— y me contó todo, que patricia lo había abandonado y se había ido de viaje con su editor, a promocionar la novela, y a transformarse en adalida de su propia cruzada, y a llenarse de razón, indignación y conmiseración, y a beneficiarse de tantos buenos y falsos sentimientos, que a veces las personas alcanzan cierta complicidad en la mentira, o sea, pactan su hipocresía, como sabe perfectamente cualquiera que se haya asomado a esa ventana social. en fin, bastaría con una patricia, pero las hay a miles, seguro que tú conoces a alguna... vale, ya no despotrico más de las mujeres, para no fomentar la misoginia, y por respeto a lorena ¿eh? y a mi tía laura, que me han amado desinteresadamente, aunque reconozco que nunca las he entendido... en serio, ni a ellas ni al resto. porque... quién puede entender esto, qué hacemos aquí, unos enredando con otros, amontonados y a disgusto, acusándonos en este perpetuo —porquetú porqueyo— y lo que es peor, tan infelices... porque... a ver, otra cosa que he pensado, es que interpretamos a los demás a través de nosotros, de nuestra limitada experiencia, y eso es precisamente lo que nos lleva a cometer tantos errores, porque... por ejemplo, se me acaba de ocurrir ahora, qué guardan las mujeres en sus cajitas, en sus estuches y cofrecitos, qué son esos guijarros... ¿te lo has preguntado alguna vez?... sí, ya prosigo, pero reflexiona sobre este asunto, que merece la pena... bien, patricia regresó, y claro, alejandro corrió a su encuentro, dispuesto a perdonarla, y que su amor estaba por encima de todo, de la infidelidad y la deslealtad y la mezquindad y de todo. la esperó en el portal, y... al verla, quiso abrazarla, y patricia empezó a gritarle y a hacerle reproches, y lo de antes —porquetú porqueyo— y que como volviese a llamarla por teléfono y a molestarla, se cambiaba de número y lo denunciaba a la policía por acoso. y alejandro se echó a llorar y a suplicar y por favor, y patricia también se echó a llorar, y más que alejandro, porque estaba más capacitada, y que si de verdad la quería, que la dejase en paz, vivir su vida, y se sentó en el bordillo de la acera a sollozar desconsoladamente —no puedo con esto, no puedo... me has destrozado la vida...— y alejandro la abrazó —patricia, patricia...— y creyó que... bueno, que compartían un mismo

sentimiento, cierto rescoldo. así que decidió recuperar su amor, alentarlo mediante cartas y poemas que depositaba en su buzón, y... más o menos esto es lo que me contó lorena, y que le llamaban... y aquí lorena hizo una pausa —le llaman... la gente es muy mala, le llaman el poetiso... — y yo... me indigné ¿no? me indignaba la absoluta crueldad de los seres humanos, su desconsideración, esa permanente hostilidad hacia los demás, esa necesidad de violentarlos, de dañarlos para exteriorizar la angustia, el sufrimiento, para observarlo. aunque... he de reconocer que a mí lo que realmente me indignaba ¿eh? lo que me reventaba, era pensar que por culpa de tanto amor y de tanta insensatez, me había convertido en —el hermano del poetiso—

en mi opinión, sólo hay dos cosas capaces de prestigiar y enaltecer a cualquier majadero, incluso al más humilde, una es la muerte, otra es el amor. y alejandro ganó cierto prestigio, con un acto tan inesperado que me conmovió, y además me llenó de dudas y de inquietud sobre mí, y sobre mis apreciaciones. esto fue lo que sucedió... era jueves, a las siete y treinta minutos aproximadamente mi hermano se dirigió a una gasolinera, a la que está en los jardines, enfrente de la comisaría, de la comandancia de marina ¿no sabes? y compró una lata de un litro, o de medio litro, que lo único que pretendía era llamar la atención. luego se sentó delante de la librería, no digo su nombre, en la que se celebraba una de estas charlas literarias, o coloquios, donde se reúnen algunos idiotas para hablar de lo que desconocen. y allí mismo, a unos metros de patricia, se vertió la gasolina y se prendió fuego, y tuvieron que apagarlo con un abrigo y chaquetas, y... lo que te decía, que esas escasas llamas redimieron a alejandro, y se llevaron parte de mi resentimiento, y... yo llegué a casa alrededor de las once o así, y cuando llegué, estaba sonando el teléfono, lo cogí y era mi madre, que me llamaba desde el hospital —alejandro... tu hermano ha tenido un accidente... horrible, ven rápido...— fijate si estaba desesperada, que en cuanto me vio, se echó a llorar en mis brazos, te lo juro. que subí a la unidad de quemados y me esperaba en el pasillo, fuera de la habitación, para advertirme que cuidase mis gestos, que aparentase, que se había quemado las manos y la mejilla y el pelo y —es horrible, horrible...— y no exageraba, que mi hermano tenía tantas ampollas y rojeces y pieles desprendidas, que era un asco verlo, y... mi madre lloraba, nunca la había visto llorar de esa manera, con un llanto seco, y convulso. te impresionaba, en serio, por lo menos a mí me impresionó, y comprendí de inmediato, que en aquellas lágrimas no había fingimiento, que aquello era dolor, verdadero dolor. si no, no me hubiese abrazado

era la primera vez que me sentía alguien en mi familia, útil, perdonado, y reconfortado. y la consolé, a mi madre, le dije que hablaría con la enfermera, y retiraríamos entre los dos el espejo del cuarto de baño, disimuladamente —no te preocupes, tú distráelo...— sé que para ti esto no significa nada, sin embargo, para mí era algo tan desacostumbrado que ni me reconocía en esa solvencia, en esa resolución. bueno, voy a ser sincero, lo único que hacía era interpretar a un

personaje de mundo, decidido, inspirado en uno de nuestros administradores, al que solía imitar cuando estaba a solas en el palomar, que hablaba muy erguido ¿sabes? entrecortadamente. y fue como le hablé a la enfermera en presencia de mi madre, y con su connivencia, o su indiferencia, o su desatención, que andaba con la mirada perdida y no precisamente en mí, y... nada, entramos en la habitación, y vi a mi hermano y tenía un aspecto tan grimoso que yo procuraba no posarle los ojos. aun así estaba medio eufórico, supongo que por la fiebre, o los medicamentos. parecía alegre, esperanzado, imagino que todavía confiaba en que esa demostración de amor ablandaría a aquella necia. como si eso fuera posible, como si no conociera la conveniencia de sus sentimientos, su oportuna evanescencia. quién no desearía unos sentimientos similares ¿verdad? en lugar de tanto trastorno... no sé, a veces creo que se me está agriando el carácter, lo digo por este tipo de comentarios... en fin, que entré en la habitación y me quedé allí esculpido, delante de mi hermano, sin saber cómo actuar, cómo saludarlo. y alejandro —ven aquí, hombre, que no te voy a comer...— y me acerco y me da un débil golpecito en la cabeza, que es lo más cariñoso que se le ocurrió, y me dice —¿qué hay?— y yo le contesté —bien...— que tampoco se me ocurrió otra cosa. y miré a mi madre y estaba sonriendo enternecida, ante esa promesa de normalidad, y hasta yo me sentí conmovido al verlos tan animados. y pensé que en el fondo, tal vez mi actitud no había sido demasiado elegante, ni sensata, porque en definitiva, formaban parte de mi familia, y siempre podía acudir a ellos, en caso de muy extrema necesidad, y... vale, a lo mejor estoy exagerando. lo que quiero decir es que... era injusto guardarles rencor ¿no? si les recordaba a mi padre, qué iban a hacer

poco después llegó mi tía laura y empezaron a hablar y a reírse a carcajadas, con el inventario de las tonterías que hacía mi hermano cuando era pequeño, cuando aún no me había descubierto, ya me entiendes. y claro, como yo no intervenía, me tapaba la boca, que no podía parar de bostezar, y es que no hay nada más aburrido que las normas sociales, y ese horror absoluto al silencio. que yo me pregunto, y de hecho, lo escribí más por extenso alguna vez, en algún cuaderno, por qué le llamamos vida a esto que vivimos sin querer ¿eh? por qué... ¿no sería más apropiado denominarlo necrosis temporal, o tiempo necrosado o algo por el estilo?... a lo que íbamos, que me aburría mortalmente y me escabullí del hospital, con no sé qué disculpa. seguro que los estudios, que eran mi excusa recurrente. aunque a mi madre no le hizo ninguna gracia que desatendiese aquella epifanía, la adoración de su niño, y... como vi que se enfurrñaba y casi me acusaba en cada mirada de insensible y desalmado, al día siguiente, o el sábado, no me acuerdo, cogí el ajedrez de casa, un ajedrez magnético que teníamos, y lo llevé al hospital para jugar con mi hermano. había pasado mucho tiempo desde nuestra última partida, dos o tres años, que le gané varias partidas seguidas y perdió todo el interés, y... nada, nos pusimos a jugar. como comprenderás, yo estaba más pendiente de sus quemaduras, de observar su evolución, que del desarrollo de las piezas sobre el tablero, que... no te lo he dicho, eran quemaduras bastante graves, de segundo grado o por

ahí, algunas de tercero, creo, y... aprovecho ahora para aclarar que la quemadura de la mejilla no era ningún corazón, sino una especie de triángulo invertido, que a lo mejor el fuego, las llamas, le habían alcanzado la mejilla a través de la solapa, o del cuello de la camisa, no lo sé. pero desde luego, no era un corazón. para mí que ese rumor lo difundió la neumóloga que nos conocía y nos trataba las bronquitis, que vino a ver a mi hermano en cuanto se enteró de la noticia, porque estaba de guardia, y... para mí que fue ella, que redondeó la habladuría. en fin, que estamos jugando y me ofrece un alfil ¿no? de cebo, para hacerme una horquilla de caballo, una jugada de lo más burda, y yo lo vi perfectamente. y me dice —mueve, mueve...— muy ansioso —mueve...— y al momento pensé que mi hermano no era tan mala persona, que sólo era un simple. así que capturé el alfil con una sonrisa, y para que su triunfo fuese mayor y más gratificante, acompañé la sonrisa de un —muchas gracias...— y eso, que perdí la dama, y mi hermano se alegró en exceso ¿sabes? desmesuradamente, o sea, una alegría desproporcionada. y venga a reírse, que hasta me llamó —pánfilo— y lo cierto es que me ofendió, y me costó contenerme y no llamarle zoquete y bobo y poetiso, que es lo que se merecía, y contarle la verdad, que me había dejado ganar por compasión, por lástima. y que una cosa era perder una partida de ajedrez, y otra muy distinta, perder la hombría atolondradamente por una mema, que era lo más repugnante y lo más despreciable y rastrero y de todo. sin embargo, me callé, que tenía las manos quemadas y no podía defenderse

todos estos sacrificios que hacía yo, y no me refiero al de la dama, sino a mi buena disposición, a mi amabilidad, a mi —obsequiosidad— existe esa palabra ¿eh? en serio... si quieres, búscala en el diccionario —obsequiosidad— y... todos esos sacrificios eran en vano, porque alejandro y mi madre nunca me aceptaron en sus conversaciones íntimas, ni en sus juegos, que esperaban a que me fuese, y saliese cabizbajo del salón, que les gustaba cuchichear allí, en el sofá, y... desde mi niñez tuve que habituarme a esa dolorosa realidad, a sentirme una especie de leproso, deapestado, o mejor, de vampiro. porque los vampiros no se reflejan en los espejos ¿entiendes? su imagen. y las personas que no son amadas, que han sido destetadas prematuramente, y detestadas aún más prematuramente, esas personas tampoco se reflejan en el mundo, no son, y se transforman en seres etéreos, translúcidos... suena bonito ¿verdad?... pues es lo más espantoso que puede sucederte, una atrocidad... pasar una y otra vez por delante de tu propia madre y que no te vea. y pasar por delante de tu propio hermano y que sólo te vea para ponerte la zancadilla o tirarte cualquier cosa a la cabeza y retorcerte el brazo si te encaras, y... sé que resulta paradójico, pero lo único que me anclaba a este mundo era lorena. porque en multitud de ocasiones, y esto quiero que lo sepas, en multitud de ocasiones rebusqué en el botiquín de casa, y en los cajones de mi madre, a ver si encontraba alguna dosis masiva que me arrancase de aquí, que acabase con mi vida. y se lo dije a sebastián, me desahogué con él una tarde, me quejé entre lágrimas —no voy a volver allí, al palomar, no... esa no es mi casa, nunca ha sido un hogar para mí... ni siquiera hay somníferos...— y de repente, digo eso, y sebastián se echa a reír ¿no? y yo también, que estaba llorando y riendo

del ataque de risa que nos dio. y sebastián —qué gracia...— y ya era difícil que a sebastián le hiciese gracia alguna cosa, porque tenía el síndrome ese de cotard, y era un —acumulador de melancolía— se definía así —acumulador de melancolía— y... bueno, dijo —qué gracia...— y sacó del bolsillo su —cuaderno bunik— y escribió:

¿qué es un hogar  
sin somníferos?

y lo que te contaba, que lorena era lo único que me anclaba a este mundo. ella satisfacía mi embotada sexualidad, y por encima de cualquier otra consideración, me arrebatava los sentidos, me transportaba entre nubes muy lejos de aquí, a lugares extraños y agradables. y cuando se lo pedía, realizaba un aporte de pavesas que era precioso, de verdad, le salía muy bien. eran pequeñas bolitas incandescentes que se movían caprichosamente por el aire, cambiando su dirección ¿sabes? como una alocada bandada de gorriones, o de mirlos. la que quieras, pero alocada

naturalmente, no todo eran maravillas y hechizos, porque lorena empezaba a caer en terribles silencios, y muy prolongados, dos o tres horas o más, alguna tarde entera, te lo juro, hasta que ya no podía soportar tanto ensimismamiento y me despedía —bueno, lorena, yo me voy...— y entonces me miraba, fijaba su atención en mí unos segundos, y regresaba con una sonrisa tan educada como seca. sí, se esforzaba, pero resultaba descorazonador contemplar ese esfuerzo, casi prefería que estuviese enfurruñada. y un día se lo dije —lorena, yo... si quieres... si te has cansado de mí o...

—no...

—lo dejamos y ya está...

—no, tonto, cómo voy a cansarme de ti...

—no sé, antes estabas más alegre conmigo, más comunicativa... no sé, ilusionada...

—no, estoy igual de ilusionada...

—no, no lo estás, no mientas...

—sí que lo estoy... te quiero y lo sabes... pero estoy preocupada por mi madre...— y es que su madre había iniciado una serie de múltiples ingresos en el hospital, prácticamente mensuales. a veces lorena tenía que llamar a una ambulancia de madrugada, porque se le moría allí, se ahogaba en la cama, como si la hubiesen sumergido en un mar de angustia ¿sabes?... vale, esto del mar de angustia es un adorno estúpido, costra literaria, mugre... pero la sensación era esa, que la metíamos en un taxi con aquella insuficiencia respiratoria, y la taquicardia, y la llevábamos a urgencias medio agonizando. y al cabo de una semana de uci, de administrarle oxígeno, broncodilatadores y antidepresivos, la devolvían a casa, al tedio y sus dictados

sí, lo de los dictados del tedio también es repugnante, qué quieres, aunque muy preciso y ajustado, luego entenderás por qué... y deja de interrumpir o no acabamos nunca... y... nada, que fue una época catastrófica, de hospitales, de entierros y de encierros. lo de los encierros va por sebastián, verás... una tarde me lo encuentro por riazor, al principio del verano. creo que era san juan, porque estaban preparando las hogueras, y le digo —ah, hola, sebastián ¿qué tal?— lo saludé con bastante entusiasmo ¿no? porque ya había oído que estaba mal, que había pasado por el sanatorio de oza, y los que pasan por ahí... y lo saludo y se queda como extrañado, con esa mirada indecisa, empobrecida, de los que tienen que consultarlo todo con el psiquiatra. y yo —qué ¿qué tal?

—mal... he sido desagradable...— más o menos ¿eh? que no recuerdo exactamente la conversación —he sido desagradable...

—ah... bueno...

—con una mujer...

—bueno... a veces las mujeres...

—las hembras, que se aparean... el apareamiento...

—sí, a veces también son desagradables ¿no?... casi siempre...

—es su propiedad, no... las hembras hacen a los machos... hasta que desapareces... de la cabeza... de las cabezas de todos...

—sí... bueno ¿y qué tal?— una conversación de estas, ya me entiendes, dos machos despiojándose en la balastrada de riazor, o del orzán, que nos habíamos acodado allí, mirando el mar. y me suelta —yo no tengo sentimientos, me los extirparon...— como si estuviese recitando algún poema suyo, o de bunik. era algo así, lo reconstruyo ¿vale? aunque sólo me acuerdo del final, del último verso:

olvida esos días dorados  
y el sabor a salitre  
entre los labios  
ya son recuerdos, cadáveres  
como palomas roídas por las ratas

y me impresionó el tono, y eso de las —palomas roídas por las ratas— porque imaginaba las alas arrastradas ¿sabes? y un rastro de plumas y de sangre. sí, da grima

creo que el amor había sido el desencadenante, y el estramonio. pero sobre todo el amor, que se había enamorado de una niña de quince años, o de menos, de catorce, y... la había obligado a abortar en su casa, que estaba embarazada. y luego vino el arrepentimiento, el intento de suicidio y el drama completo, que se desbordó, y... en mi opinión, y lo he reflexionado mucho, y encima lo leí en un librito de kant, y... en mi opinión, el amor es para personas de escasa inteligencia, o que tienen esa necesidad fabuladora ¿no? de exaltación sentimental. y comprendo que... bueno,



comprendía que mi hermano hubiese caído en semejante patraña, por ejemplo. en la patraña y en la posterior humillación. lo veía lógico, una consecuencia, el corolario de cualquier mente estéril y obcecada. sin embargo, me parecía inconcebible en sebastián, me sentía decepcionado, estafado en mi amistad. y fue como... perderlo ¿entiendes? porque me dice, señalando el mar, cerca del horizonte —¿aquello qué es... un catamarán?— y claro, yo qué sabía, si me daba el sol en los ojos, y era una embarcación diminuta, casi un puntito. y además qué me importaba, ni siquiera sabía con certeza qué era un catamarán, que lo busqué después en el diccionario enciclopédico. y le respondo —ah, sí... qué bonito...— por amabilidad, por responderle algo. te juro que no había ninguna intención perversa por mi parte ¿eh? ni sarcasmo ni nada. pero debió de parecerle mal, o yo qué sé, que me dice —ya nos veremos...— y acompañó esas palabras, esa brusca despedida, porque en realidad fue una despedida, con un gesto de desprecio, empujándome con el hombro, como si le estorbaba, como si también necesitase apartarme físicamente, y... en definitiva, que lo vi alejarse por el paseo marítimo, hacia la torre, con esa punzada en la conciencia, y el malestar o... la tristeza de intuir que todo se iba con él... la adolescencia, la juventud, la camaradería, la despreocupación... allá se me iba todo, con sebastián

pero te estaba hablando de aquel hermano mío, del poetiso, que en cuanto se restableció y salió del hospital con el alta médica, las pomadas, el triangulito de la mejilla y la firme promesa de no cometer más disparates —¿me lo prometes?— y... también un gorrito de lana verde, para ocultar la calva que le había dejado el fuego alrededor de la oreja, y... en cuanto salió, cayó en brazos de mi madre, y mi madre en los suyos. y como era previsible, comenzaron a difuminarse los contornos, y yo mismo me fui desdibujando, volviéndome impreciso, desatento, y en menos de una semana ya me había desvanecido por completo, que de nada me sirvió darme aires ni expresarme entrecortadamente. y quizá en ese momento se recrudeciese todo mi resentimiento, un resentimiento de años y años y más años, atesorado al margen. una vida entera, inútil, la mía... y quizá... no, les deseé la muerte a los dos, lo reconozco. y antes de morir, mucho sufrimiento, y mucho arrepentimiento, y que tampoco les sirviese de nada. sólo llorar y suplicar y sufrir mucho y después morir y llevarse ese sufrimiento con ellos, y una eternidad para sufrirlo, una eternidad inmensa y a propósito

quiso el destino o el azar o alguna de esas cosas en las que no creo, que ya te he dicho que para mí no hay casualidades, y menos viviendo atravesado de brujas y extraños designios, que en ocasiones, y esto es literal ¿eh? hasta oyes crujir el aire a cada paso, y cómo rechina sobre los tejados y achaflana las aristas de las chimeneas, que parecen arena seca. y no te cuento más porque prometí no hacerlo... en fin, quiso el destino que en el apogeo de mi resentimiento, ocurriese aquel accidente incomprensible —chocaron contra algo— me comunicaron, que es lo

mismo que decía y repetía mi tía laura —chocamos con algo...— y ya está, nada más, así se cumplieron mis deseos. así fallecieron mi madre y mi hermano, que se murieron los dos, mi madre en el coche, y mi hermano en la ambulancia, camino del hospital

me los enseñaron. insistieron mucho en enseñármelos, que la crueldad necesita asomarse, y saciarse, y yo... estaban en una sala muy fría, que olía a ambientador, a chicle de menta. los habían limpiado, y maquillado, antes de exponerlos en el tanatorio. a mi hermano le habían cambiado el gorrito verde por una especie de turbante, y le habían ladeado la cabeza. supuse que intentaban mostrar su perfil más favorable, y que el otro lo tenía destrozado, y por dentro, que le habían puesto unos tapones nasales. bueno, esto es lo que supuse más tarde, porque en aquel momento no estaba para suposiciones ni tonterías. mi madre parecía una virgen... quizá demasiado maquillada, no le iba a gustar, porque era partidaria de resaltar, no de encubrir, pero... parecía una virgen, te lo juro, una de esas vírgenes anagógicas:

contemplando la eternidad y sus pálidos fulgores  
azulados y en calma  
planicies, nebulosas, ilimitados toboganes  
almas deslizadas en senderos de dulzura  
abandonándose, abandonándose, abandonándose

disculpa el rapto. en fin, que parecía rejuvenecida, como si no estuviese muerta del todo ¿no sabes? como una niña traviesa haciéndose la dormida, que se le adivinaban los ojos, espiándome, a ver qué hacía, si lloraba o qué

y lo que hice fue algo inexplicable, me cuesta hablar de esto... de hecho, nadie lo sabe, es la primera vez que lo cuento, y... nada, que me quedé observando los párpados fijamente, por si los movía. y después el colorete de los pómulos, sin pensar ¿no? absorbo en sus labios, muy rojos y entreabiertos, y... eso, que la besé. y dirás que es lógico que un hijo bese a su madre, y más en ese tránsito. y sí, tienes razón, pero es que yo la besé de verdad ¿entiendes? con cierta avidez, como besaba a lorena. y al momento empecé a jadear —ah, ah, ah...— y a temblar, y a notar esa debilidad en las piernas, igual que cuando leía la descripción de algunos suplicios en un libro de torturas que compré, que les introducían alambres, o trozos de metal candente, o les arrancaban la carne o los dedos con tenazas, cosas así, y... noté esa debilidad en las piernas, y un chasquido, como un destello dentro de mí, y me desplomé, y... creo que antes de caer al suelo, le clavé involuntariamente las uñas en la mejilla y se la desgarré un poco, que sangraba sobre mí. y ya no recuerdo más, al parecer me desmayé y me di un golpe muy fuerte en la cabeza, un golpetazo que resonó en toda la sala, de eso sí que me acuerdo, del sonido, de cómo retumbaba. y entonces entraron a socorrerme, los administradores y el resto del personal funerario. me sentaron y me

limpiaron la cara, y la frente, y me trajeron un vaso de agua, hasta tuvieron que sujetarme las manos para que bebiese, en serio, porque temblaba tanto que se me derramaba —¿mejor?— y asentí, aunque no estaba mejor, que estaba horriblemente mal, con náuseas, y... los miraba y tenía la sensación de haberme quedado a este lado de la muerte, que era aquí donde se moría y de la forma menos heroica, avergonzado y rodeado de idiotas —¿mejor?— como uno más. y ellos... me refiero a mi madre y mi hermano, ellos se habían escapado. esa era la cruda, la dolorosa realidad, que se habían burlado de mí y se habían escapado otra vez, los dos juntos

## los lentos procesos

ahora escúchame bien, no hay nada en el universo más frágil que el ser humano. puedes darle vueltas en tu cabeza durante semanas, meses o el tiempo que precises, si eres de comprensión tardía, que no hallarás nada más frágil. a menos que peques de soberbia, y seas una de esas personas engreídas y hinchidas de petulancia que creen, por ejemplo, que la hormiga que aplastan con su zapato es más frágil. y menciono a las hormigas por no mencionar a otros seres humanos, que es lo acostumbrado. en fin... esta reflexión sobre la fragilidad surgió espontáneamente mientras observaba a mi tía laura y sus inquietos movimientos oculares, y las maquinitas y tubitos goteando, y la vía del cuello, y la de la mano amoratada, y la pinza del pulgar. y me quedé observándola porque le había prometido a la enfermera que no la iba a molestar, que llegué al hospital casi a las diez de la noche y no quería dejarme pasar, y cada vez que abría la boca —es que...— me señalaba un cartel con los horarios de visita y que no, que volviese por la mañana. hasta que le dije —es que se han muerto todos y no sé adónde ir... ahora es la única familia que tengo...— me salió así, como salen las verdades desnudas al mundo, en ese silencio. y la enfermera se compadeció de mí, o ya estaba harta de oírme —bueno, pero un minuto ¿eh?... y no la molestes, que necesita mucho reposo...— y ahí me tienes, sentado en una silla y reflexionando sobre la fragilidad humana. y miraba los tubitos y eran como hilos, como si mi tía laura fuese una marioneta olvidada, y su vida también pendía de un hilo y las parcas y mil pensamientos zozobrando entre escila y caribdis, entre el aburrimiento y la indecisión. que necesitaba dinero, porque desde que había anochecido sabía que no iba a entrar en mi casa, lo sabía perfectamente. estaba decidido a dormir en cualquier sitio, incluso en un portal, te lo juro... lo primero era hablar con lorena, telefonarla y que viniese a recogerme, o conseguir dinero para un taxi, y para comer algo. abrí el cajón de la mesilla, pero estaba vacío. acerqué la silla a su cama y le soplé en la cara, en los párpados. era su delicada forma de despertarme cuando dormíamos juntos, alguna vez que dormimos... o cuando venía temprano el domingo, o algún día festivo, y traía una bandeja de pastas de té —pastitas...— como decía ella —te he traído pastitas, de las que te gustan... vamos, perezoso, ven rápido a desayunar o me las como yo todas...— y... le soplé en los párpados, y como no reaccionaba, le dije en voz baja —tía... tía laura... tía laura, soy yo... tía laura...— al fin abrió los ojos, miró desorientada a su alrededor, y al verme, se le arrugó la cara y se echó a llorar. estaba tan conmocionada, tan desvalida, que llamaba a su madre —mamá, mamá...— y pensé que resultaba un tanto ridículo ¿no? en una mujer adulta comportarse así, y que debía de ser a consecuencia de la conmoción cerebral que sufría, o de la morfina. después pensé, en otro

momento, cuando salí del hospital, que su madre era la madre de la mía, o sea, mi abuela. creo que se había muerto antes de que yo naciese, porque no la mencionaban nunca. sólo mi tía laura intentó en alguna ocasión... ya sabes, contarme cosas, historias, aunque siempre tropezaba con mi desinterés, con mi espíritu poco familiar. bueno, y mi tía laura —mamá, mamá... quiero que venga mi mamá... llámala, dile que venga... mamá...

—sí, no te preocupes... yo la aviso, tranquila...

—no quiero morir...

—no, claro que no... no pienses en eso...

—la muerte es horrible... es horrible, de verdad...

—no, no... no llores, tía laura...— y yo también me eché a llorar, que ya no podía más. me sentía culpable de ese accidente, que en el fondo era la culminación de un lento proceso de aojamiento y de mi bajeza moral y de mi pegajosa suciedad y de mi conciencia adormecida y de la más mezquina de las cobardías, por haberles deseado la muerte a mi madre y a mi hermano con tanta fuerza, y con tanta constancia y determinación. porque siempre nos decían en el colegio y toda la gente mayor por ahí, y muy especialmente mi tía laura, que me lo decía cuando yo era pequeño y me veía triste, que me decía —cariño, si tienes un sueño y lo deseas con fuerza y de verdad, al final se hará realidad...— y era evidente que yo lo había deseado así, con fuerza y de verdad. que el día anterior al accidente estaban cogidos de la mano y planeando esa excursión a santa cruz, aprovechando no sé qué gestiones, y claro, me invitaron... bien, me gustaría que vieses con tus propios ojos cómo me invitaron ¿eh? que presenciaras la tibieza de una invitación hecha sin mirarme y sin insistir, que la única que intentó convencerme fue mi tía laura —¿por qué no vienes mañana a santa cruz?... anda...— que subió al palomar antes de irse —anda, no seas tonto, que lo vamos a pasar muy bien... podemos bañarnos en el embarcadero ¿sí?... ven, ya verás...— y ahora la veía sufriendo, con su conmoción cerebral y su pronóstico reservado, haciendo esfuerzos para incorporarse en la cama y sonreír y consolarme. y yo tenía miedo de aquellas vías, de abrazarla y que se saliese alguna y llenarlo todo de sangre —no, tía laura, descansa... ya estoy bien ¿ves?... cierra los ojos y descansa...

—sí...— me sequé las lágrimas y la acaricié, la cara y el pelo, hasta que cerró los ojos, y... regresé a mí, a ser consciente de mi situación. entonces le dije —tía laura...— un tanto apremiante, que se estaba quedando dormida otra vez —tía laura, necesito dinero... ¿tienes?... tía laura ¿tienes dinero?

—mira en el bolso...

—¿dónde está?

—sí...

—tía laura, el bolso... ¿dónde está?

—no sé...

imaginé que habían dejado sus cosas en el armario, pero cuando me disponía a abrirlo, entró la enfermera. luego, esa misma noche, tuve la peor pesadilla de mi vida con ese armario, no es broma... ya te la contaré, y... entra la enfermera —bueno, ya está. tienes que irte...

—vale... ¿puedo hacer una llamada?

—estamos en un hospital ¿eh? y además...

—ya, es que estoy sin dinero y necesito que vengan a buscarme...

—a ver, espera...— y esperé a que le cambiase la bolsa de suero. creo que el tiempo en un hospital, y esta es una apreciación mía, personal, y... creo que el tiempo en un hospital nunca acaba de transcurrir, que una hora de hospital equivale a cinco o seis de las otras, o a un día entero ¿sabes? que te quedas apeado del mundo y de ti, con el pensamiento estancado, y... le cambió la bolsa de suero y salimos a ese ruido sordo de los pasillos, de circuito eléctrico, y... dios, qué supremo aburrimento. decididamente es tan aburrido hablar de un hospital, tan desesperante, que voy a saltarme todo esto ¿vale? así que ya estoy en el taxi y me dirijo al obelisco. allí me espera lorena

dicen que la luz de las estrellas tarda tanto en alcanzarnos que probablemente alguna no esté ahí cuando la veamos. también dicen que las extremidades amputadas continúan doliendo durante mucho tiempo. esa sensación persiste para mostrarte lo absurdo de nuestra existencia, que vivimos en los vapores de una fantasía, en una emanación constante. y yo iba en el taxi, y las luces brillaban en la noche y me distraían, y te juro que por un momento creí que me esperaban en casa. iba convencido de que mi madre y mi hermano seguían allí, cogidos de la mano y mirándose a los ojos, y hasta se me escapó un gesto de fastidio, en serio... era como si una parte de mí no aceptase su muerte, y buscase la manera de volver atrás, de restablecer aquella vida miserable a la que aún me sentía tan apegado. y todo porque el hábito ya me había conformado y se resistía a la incertidumbre de una nueva situación. y todo porque lo que en un principio nos oprime, acaba protegiéndonos. y todo porque desde mi destete había excavado zanjas muy profundas, y muy adentro. y todo porque me veía absolutamente incapaz de llenar ese espacio vacío. y todo porque, en definitiva, me aterrorizaba pensar en los demás ¿entiendes? en la farsa que representarían ante mí, con sus rostros compungidos. afrontar yo solo el entierro y el funeral y el resto de enrevesadas ceremonias sociales, exponerme a esas ridículas e interminables ocupaciones que me apartarían de mí. de hecho, cuando llegué al obelisco y abracé a lorena, me eché a llorar —lorena, lorena... — le decía. sólo eso —lorena, lorena...— como atascado en su nombre, y... lo que le quería decir, lo que le estaba diciendo tácitamente, repitiendo su nombre y con ese llanto algo forzado, es que ahora ella tenía que hacerse cargo de mí, ella y mi tía laura, porque yo ya no podía más

sin embargo, sabía a la perfección que ni ella ni mi tía laura podrían sustituir nunca a mi madre, ni

saciarne. y cuando las abrazaba, en realidad buscaba el calor de mi madre y no lo encontraba. aunque para ser justos, he de decir que tampoco lo encontraba en mi madre, sólo como reminiscencia o algo así. y me recordaba el suplicio de tántalo ¿no sabes?... que lo invitaron los dioses al olimpo, porque era hijo reconocido de zeus, y su manera de agradecer esa invitación, fue robar un montón de néctar y de ambrosía, y presumir con sus amigos y contar inconveniencias. y encima, al día siguiente no se le ocurre otra cosa que descuartizar a su hijo, cocinarlo en un horno y ofrecérselo a los dioses sin decirles nada. y claro, tanta atrocidad no iba a quedar impune, ni tanta jactancia, y lo condenaron a ser torturado eternamente en el tártaro, que era el inframundo. lo sumergieron en un lago de agua negra y pestilente, y allí lo dejaron temblando de hambre, sed y frío. y cada vez que quería beber, el agua bajaba de nivel y se alejaba de sus labios. y cada vez que quería comer los frutos de un árbol cuyas ramas le rozaban la cabeza, y abría la boca, las ramas se retiraban sumiéndolo en la desesperación, y... lo que te decía, que para mí el deseo de mi madre, del pecho de mi madre, de mordisquear sus pezones y hacerlos rodar ociosamente entre mis tiernas encías, y babear hasta dormirme saciado y ahíto como un pequeño dios sonrosado... ese deseo insatisfecho me había acompañado toda la vida, había crecido conmigo ¿entiendes? y me había condenado a sentirme aparte, apartado en este negro inframundo, a sentirme aquí solo, a un par de pasos de cualquier abrazo. contemplando cómo otro yo abraza y no siente, no siente nada

lo único que sentí fue un escalofrío cuando me besó lorena, que me removió aquel beso del tanatorio, el que me había dado mi madre desde la muerte, desde la crueldad, desde el rencor que me había manifestado incluso en ese último instante. un instante conciliador y sin tiempo, quizá infinito, que debería atalayarte y propiciar la comprensión, el perdón de tanto sinsentido. y ella no, mi madre... te recuerdo que murió sangrando sobre mí ¿eh? que yo estaba completamente desvanecido y me estaban cayendo gotas de su sangre en la cara... y... lorena me besó en los labios y notó ese estremecimiento —¿qué te pasa?

—¿tú sabes si los muertos sangran?

—no... no lo sé, supongo que al principio, no sé... ¿por qué?

—por nada...

—¿qué te pasa?

—nada, que me duele la cabeza... me duele mucho aquí... mira... me caí en el tanatorio, creo que me desmayé...

—pobre, qué chichón... tenemos que ponerle hielo...

—¿puedo dormir contigo?

—claro... claro que sí...

—es que yo te necesito, lorena, no puedo más, no puedo con esto...

—sí, mi amor, ya lo sé. y te voy a cuidar muchísimo, ya verás...— y me abrazó y yo me deshice

en lágrimas. y aunque no eran del todo sinceras, allá se derramaban dulcemente, unas con otras, cumpliendo su función, manteniendo mi temperatura espiritual. ah... claro, no es muy edificante ¿verdad?... claro... sabes qué te digo... que si alguna vez hubieras sufrido un dolor tan violento como el mío, una contrariedad tan intensa, tú también comprenderías la importancia de ese llanto, y no lo censurarías con tanta ligereza

nos fuimos caminando por la avenida de la marina, hacia mi casa. había un silencio espantoso y obstinado y molesto, que caía como una imposición, como una sentencia. la gente enmudecía al cruzarse conmigo —memos...— se quedaban ahí mirándome, juzgando lo que ignoraban —qué ciudad de idiotas...— qué sabían ellos —¡más que idiotas!— qué sabían de mí, de mi vida, de mi corazón, de mis —ciento cuatro pulsaciones en estado de reposo— que me las contó el psicólogo una a una ¿eh? y tuvieron que recetarme ansiolíticos. qué sabían de aquellas dos personas que me habían mortificado día tras día desde que tenía memoria, uso de razón, y aun antes. qué sabían de esa crueldad compartida, cuando lo único que yo deseaba, lo único... y apreté sin querer la mano de lorena —eh, tranquilo...

—sí...

—¿estás bien?

—sí, ya está...

—yo estoy contigo ¿vale?... así que no te preocupes...

—vale, pero...

—¿qué?

—que... nada, es igual...

—no, no es igual, dime...

—¿por qué crees que soy tan mala persona?

—tú no eres mala persona...

—sí, lorena, soy malo... tengo malos pensamientos, y...

—todos tenemos malos pensamientos...

—ya, pero yo los proyecto...

—qué tontería...

—sí, los proyecto... los proyecto y...

—tú qué vas a proyectar...

—¿recuerdas lo que me contaste... de la magia negra y del vudú y todo eso, eh?

—sí, no grites...

—¿y del mal de ojo, del aojamiento?

—sí...

—pues a lo mejor inconscientemente... ¿entiendes?

—no, no entiendo... abre la puerta, anda...— que ya habíamos llegado, y estábamos delante del



portal, y... cojo las llaves, intento abrir ¿no? y se me caen al suelo, te lo juro, de lo que me temblaban las manos. y lorena —deja, que abro yo...— y abre, entramos, estamos subiendo las escaleras, y empiezo a oír un ruido continuo, como el del hospital ¿te acuerdas? o como el amplificador de ricky el cojo, cuando lo enchufaba, algo así, pero con un fondo de voces discordantes, como un coro, o varios. y a medida que subíamos ese ruido se iba haciendo más y más fuerte, y más evidente, que lorena también lo oía. se lo pregunté —lorena ¿oyes eso?

—sí, no hables...

—¿qué está pasando?

—nada, ahora tenemos que estar callados ¿vale? ni una palabra...

—no... lorena, yo no...

—¿qué?

—yo no puedo subir, no puedo entrar ahí...

—¿por qué?

—porque... no puedo, de verdad. me van a matar...

—te prometo que nadie te va a hacer daño...

—no, lorena, de verdad... si tú no quieres subir, pues... nos vamos...

—no, a ver... dime qué necesitas...

—mira, esta es la llave... mi habitación es la de arriba de todo, subiendo las escaleras... lo único que necesito es el traje para el entierro... está colgado en el armario, en una funda... tráelo así, con la funda, y... si quieres, mete algo de ropa en una mochila que está allí... ¿vale? ropa interior...

—vale...

—pero lo importante es el traje...— y un fajito de billetes que guardaba en el bolsillo interior de ese traje, porque mi hermano a veces inspeccionaba el palomar en busca de dinero —pasaba revista— que le gustaba la disciplina militar, atormentarme, y... bueno, me quedé mirando cómo lorena subía muy resuelta y decidida las escaleras. y pensé, lo sigo pensando, que las personas valientes carecen de imaginación, porque la imaginación te acobarda, te ensimisma en una multitud de escenas que se repiten con ligeras variantes, y acaba condenándote a la inacción. y además... debo añadir que lorena se excitaba con estas situaciones, y no sólo sexualmente, como ya te conté con la adivinación, sino de una manera... más intelectual, o espiritual. la expresión de su cara, y sus ojos... se transformaba, todo se recogía, se cobijaba en ella ¿entiendes?... en fin, da igual. se apagaron las luces, me agarré al pasamanos y fui bajando peldaño a peldaño. apenas respiraba, porque me estremecía la penumbra, y que de repente alguna de esas voces pudiera dirigirse a mí, nombrarme ¿no?... —interpelarme— esa es la palabra, interpelarme mientras bajaba las escaleras. llegué al portal, encendí la luz, y... otra vez la imaginación y esas desagradables escenas reiterativas. se me mete en la cabeza que va a entrar mi hermano de un momento a otro, y claro, va a interrogarme, a indagar en mí con sus malos modales y la brusquedad de siempre —¿tú qué haces aquí?

antes de seguir adelante, me gustaría volver sobre algo que te dije, una cuestión moral que consumió gran parte de mi tiempo y de mis pensamientos. que muchas semanas después del entierro, y muchos meses, continuaba preguntándome si era preferible desear la muerte de alguien o asesinarlo, que era más digno, porque... por ejemplo, raskólnikov, el de dostoievski... imagínate que en lugar de coger el hacha y matar a la usurera, se acomoda en su vileza a esperar que se cumplan sus deseos ¿vale?... imagínate eso, porque... si yo los hubiese matado con un hacha, primero a mi hermano y posteriormente a mi madre, para que viese que iba en serio, y quizá con la esperanza de una palabra, de una última confesión que me obligase a doblar las rodillas y caer postrado ante ella, y reconocer mi gravísimo error y que había matado por despecho, y derramar esas dulces lágrimas del arrepentimiento, y suplicar el perdón materno, y... suicidarme en caso de no obtenerlo... pues... si los hubiese matado, al menos habría demostrado cierto arrojo durante ese estado de ofuscación transitoria ¿no? que podría servirme de eximente o de atenuante futuro, y disculpar un acto irreflexivo, propio de la edad. y no me estoy refiriendo a un tribunal exterior, a un juicio social y público, sino a mí, a mi conciencia. pero... actuar así, hacer vida normal, ir al instituto, estar a disposición de lorena y sus jadeos y ocurrencias, leer en cama o escribir desapasionados relatos. en definitiva, ocuparme en el absurdo cotidiano, distraerme a propósito mientras el destino asesina por mí, eso... me parecía tan repugnante, tan despreciable, tan... ¿no crees?... a ver, dime sinceramente, y no evalúes daños... tú... sólo dime sinceramente qué consideras más indecoroso desde el punto de vista personal... ¿eh?... bueno, mejor piénsalo en otro momento

ahora prosigamos, y... lo que te contaba de mi hermano y de la aprensión. me imaginé que de repente entraba en el portal y —¿tú qué haces aquí?— o algo por el estilo —¿cómo te atreves!— así que salí a la calle a pasearme por la acera, entre los transeúntes, que me parecía más conveniente encontrármelo donde pudiesen vernos, e intervenir, que en un lugar cerrado. y anduve por allí dando vueltas, y al final decidí alejarme un poco del portal, por si venía, y crucé hacia el parque infantil. no había nadie, y estuve haciendo tiempo, columpiándome hasta que casi sentí que se acercaba mi hermano por detrás, unos pasos sigilosos, y la respiración, las manos extendidas, la mirada clavada en mi nuca, y la firme intención de estrangularme y romperme la tráquea, y dejarme ahí agonizando en el columpio, que... tú no lo conociste, pero te aseguro que era muy capaz, y... entonces se abrió la puerta, la de mi portal, y salió lorena muy atareada con la mochila y el traje. y ya fui corriendo a abrazarla —lorena...— que era un primer atisbo de eso que denominan —amor— y en el fondo no es más que pánico encubierto ¿entiendes? pánico a perdernos. un sentimiento agorafóbico, embellecido por poetas, y... quién sabe, quizá una muestra de sensatez ¿no? la sensatez de los débiles. bueno, abrazo a lorena, le expreso ese

pequeño sentimiento que comienza a brotar —te quiero, lorena... te quiero mucho...— creyendo que iba a alegrarse, y me dice toda seria y sin mirarme —toma, coge esto, que pesa...— que le pesaba la mochila. te explico, una mochila pequeñísima que había comprado para ir de excursión con sebastián, sólo fuimos un par de veces, o tres, y... habíamos comprado dos idénticas, del mismo color indefinido, del rojo burdeos al púrpura, esa gama. llevábamos un cuaderno, bolígrafo, algo de beber, zumo de naranja, unos frascos de jarabe para la tos, o una barrita de hachís, o de chocolate relleno de fresas, que no cabían más cosas. así que ya me dirás lo que podía pesar, y... eso, que lorena estaba muy seria y callada, que entramos en un restaurante a cenar algo apresurado, luego verás por qué lo de —apresurado— y estuvimos masticando en silencio, y sin ganas. un silencio muy incómodo porque yo sabía que había descubierto algo, o le habían dicho algo, lo intuía. y yo —lorena...

—¿qué?

—¿estás bien?

—sí, estoy bien...

—entonces ¿qué pasa?

—nada... pero es mejor que no entres en tu casa ¿eh?

—ya...

—en unos días...

—es igual, no pienso volver a entrar en esa casa... nunca más...

—vale...

—¿por qué dices eso?

—¿el qué?

—que no entre...

—porque es mejor...

—¿por qué?... ¿había alguien?— no sé cómo me atreví a preguntárselo, menos mal que no me respondió

en realidad, yo no necesitaba ningún traje, lo necesitaba mi hermano para ir muy elegante a las presentaciones, encuentros y charlas de patricia, de la —enkaramazov— y escuchar sus jermiadas, su hipócrita altruismo, su afectación, su... bueno, y como mi hermano insistía en que todos los miembros de nuestro así llamado —núcleo familiar— acudiésemos bien avenidos y uniformados a presenciar aquellas farsas literarias, aquel entrecerrar de ojos, como pertenecientes al mismo santoral, pues... eso, me habían comprado el hábito. un traje cruzado azul, que me lo puse esa mañana, la del entierro, y ya se ajustaba demasiado. se lo consulté a lorena —me queda un poco pequeño ¿verdad?

—no, está bien... déjalo abierto...

—vamos a pasar antes... por la calle real...

—¿para?

—para comprarme unas gafas oscuras... no quiero que me estén mirando... hurgando...

—ya...— y es que tenía un aspecto horrible, ojeras, y los nervios destrozados, que había estado vomitando por la noche... ah, el sueño. aunque... primero voy a contarte algo, cuando entramos lorena y yo, en su casa, oí que su madre le decía medio atropellada —¡cierra la puerta!— para no verme, o para que no la viese, que yo en aquel momento no le di importancia, hasta que pasó lo de la uci, que fue una revelación. lo comentaremos más adelante, que todavía no llegué a eso, y me interesa conocer tu opinión... en fin, el sueño. soñé que estaba en el hospital con mi tía laura, y que iba al armario a coger dinero de su bolso. y cada vez que abría el armario, también se abría la puerta de la habitación, y yo sabía que no era la enfermera, que era mi madre. y en el interior de ese armario, en un estante había un fular celta, de espirales ¿no? y dos bolsos herméticamente cerrados. esa era mi impresión, que los habían recogido en el lugar del accidente, y los habían precintado, o sellado... y yo los miraba y no sé por qué, me causaban muchísima angustia, tanta que empecé a gemir y a patalear, y lorena tuvo que despertarme

que me desperté llorando y tosiendo y con escalofríos y sudor. y fijate que estaba sentado en la cama, y aún no había regresado de ese sueño espantoso, o de esa visión, que seguían los dos bolsos ahí, clavados a mis ojos, a mi cabeza, y la angustia de saber que mi madre estaba detrás de mí, mirando lo que hacía, observándome por encima del hombro. y no podía dejar de llorar, te lo juro, pero esta vez lloraba de verdad, que estaba completamente helado, y gemía sin vergüenza alguna, sin pudor, aterrorizado —¡quiero que se vayan, quiero que se vayan! ¡loreana, por favor, que se vayan!

—sí, mi amor, se irán... te lo prometo...— porque ella siempre lo adivinaba todo. y me abrazó muy fuerte —calma, calma, cálmate...— y unas caricias para ver si me tranquilizaba un poco, y ya vomité enseguida. y te preguntarás qué hizo loreana... vale, no te lo preguntas, es una forma de hablar... bien, qué hizo, lavarme las manos, igual que aquel día en casa de ricky el cojo, el día del estramonio, cuando me corté con el cuchillo, y... muchas otras veces. que era como lavarme por dentro, o sea, por fuera y por dentro, una sensación bastante dulce. recuerdo que tarareaba una melodía, un lied, decía que de schubert —o de schumann. de uno de los dos, siempre me los confundo...— y yo me sentía un muñeco desnudo en manos de una niña, bañado en algo parecido a la ternura... esto también es otra forma de hablar. en fin, estábamos con lo de las ojeras y las gafas oscuras y esa inclinación malsana del género humano a hurgar en sus semejantes, que se acentúa para sus desemejantes. y dice lorena —ah, espera... creo que hay unas ahí, en el despacho, que se las olvidó un cliente... ¿quieres probártelas?

—bueno...

—es que además no tenemos mucho tiempo, son menos veinte...

—vale...— eran demasiado grandes, y ridículas, como de mujer, pero a mí ya me daba igual.

seguía encerrado en aquel armario, en aquellos bolsos, el de mi madre y el de mi tía, y me daba igual. de hecho, mientras caminábamos hacia el cementerio, el de san amaro, cogí de la mano a lorena, a mi hermana de leche, a la bruja, a la hija de la bruja. y llegamos al cementerio así, cogidos de la mano, para que todos supiesen, incluso esos dos que iban a ser introducidos ceremoniosamente en el nicho, que ahora yo tomaba las decisiones, y lo que pensarán los demás al nicho. al nicho con todos, con el universo entero

los entierros son una celebración de la vida, de —las cosas buenas que hay en la vida— como nos dijo la enfermera a mi tía y a mí, uno de esos días de escrúpulo, que andaba yo necesitado de absolución —tía laura, tengo miedo...

—no, cariño... ¿de qué?

—no sé, de todo... de ser malo...

—¿tú?... pero si eres un cielo, ven...— y me recostaba a su lado y me consolaba, o la consolaba yo a ella, que de repente se acordaba del accidente y se echaba a llorar —me gustaría llevarles flores...— y yo pensaba que mi tía laura era la única persona bondadosa que conocía y que debería haber sido mi madre, que era injusto nacer y sentirse siempre rodeado de animadversión y frialdad y antipatía. sentirme tan desprotegido, y que la ternura se la lleve otro, y delante de mí ¿eh? que... se exhibían sin ningún recato, en serio, sin ninguna consideración hacia mí, que no era más que un niño, y sufría, y... mi tía laura vivía ajena a esa maldad ¿entiendes? como si no existiese, o como si no fuese con ella. y yo me recostaba a su lado y me quedaba allí abrazado. y una tarde, ya estaba anocheciendo, la habitación en penumbra, entra la enfermera y nos encuentra llorando desconsoladamente, los dos en la cama. y claro, nos riñó. bueno, me riñó a mí por acostarme en la cama de una paciente, y no demasiado, porque sabía lo del accidente, que estaba solo en el mundo. y al verme tan afectado y con aquel derramamiento de lágrimas, añadió en un tono más conciliador —con las cosas buenas que hay en la vida... aún queda mucho por vivir...— y porque estaba mi tía así, en ese estado, si no, le hubiese contestado que para mí ya era suficiente, que ya no quería vivir más. en fin... la celebración... que hay en nosotros una especie de —pulsión perentoria— que nos empuja a reír en los entierros, o en casos aislados, acometer algún proyecto inmediato, casi irrealizable... irrealizable. que yo no culpo a nadie ¿vale? porque yo mismo decidí a consecuencia de esa —pulsión perentoria— que me incinerasen, y posteriormente, en una ceremonia íntima, que arrojasen mis cenizas al mar. en riazor, por ejemplo, o en el portiño, a pesar de que me resultaba insoportable imaginarme en un horno, de verdad, quemándome... lo decidí mientras metían los ataúdes, que no sé cuántos cabían, y además, supongo que ahí también estaba mi abuela, y quizá otros parientes, no sé... desde luego, yo no quería que me enterrasen con ellos, aunque hubiese sitio, porque al principio muy bien, pero después vendrían las desavenencias, los desaires, y acabarían por hacerme la vida imposible

un consejo ¿eh? y ya termino con el entierro. me permito aconsejarte, a propósito de esta cuestión tan ingrata, que no planifiques tu muerte futura, total... y dirás, qué tontería eso de —la muerte futura— y que la muerte siempre es futura y redundante. y no, te equivocas, es —presente absoluto— y yo me di cuenta en ese entierro. bueno, reflexionando sobre ese entierro, sobre su significado último. me di cuenta de que cuando lloras la muerte de otra persona, en realidad, estás llorando la muerte en esa persona, tu propia muerte, porque nos vamos muriendo en los demás... reflexiona esto, medítalo... merece la pena. a lo que iba, que no planifiques tu muerte, no te pierdas en ideas absurdas, en obsesiones. como yo, que estuve obsesionado durante días, más que días, semanas o meses, consultando catálogos de urnas funerarias, de unas que eran biodegradables. te lo explico muy esquemáticamente, que me estoy desviando... en la parte inferior de esas urnas biodegradables irían las cenizas del finado, y en la parte superior, la semilla de un árbol dispuesta a germinar. se enterraba la urna en algún lugar apacible y pintoresco, designado con anterioridad, y al cabo de cierto tiempo te reencarnabas en castaño, ciprés, abedul o alcornoque, lo que quisieras... y... no, tienes razón, no es gracioso. y encima alguien puede tergiversar mis palabras, esa —celebración— y juzgarme insensible, porque... a mí sí que me afectaba todo. me afectaba la solemnidad de los administradores, y la del sacerdote. y me afectaba la tristeza de una mujer que vino a abrazarme y a decirme algo que no entendí, y un señor que se descompuso en sollozos y me hizo pensar en mi padre, y que a lo mejor había venido al entierro ¿no? cosas que piensas. y ya empecé a mirar a unos y otros a través de esas ridículas gafas, a buscar a mi padre en cada hombre, porque ese era el abrazo que yo necesitaba. pero mi padre no estaba, nunca estuvo, y nunca estará

y claro que lloré ¿qué te creías? lloré de impotencia por mi padre, al que apenas recordaba, porque habían desaparecido sus fotografías, y no lo recordaba. sólo una imagen... hacía mucho sol y mi padre estaba desnudo en lo alto de una roca, muy moreno, levantaba las manos y me gritaba —¡atento!— y se tiraba de cabeza al agua. esa es la única imagen que tenía de mi padre, la que veía entre lágrimas cuando era pequeño, y cuando dejé de ser pequeño, la vi más de un millón de veces, y aún soy capaz de verla si cierro los ojos, es como guardar una sonrisa muy adentro, un cálido refugio. en fin, que lloré de impotencia en el entierro, por mi padre y por mi vida malgastada y porque todos mis esfuerzos para acercarme a mi madre y que me aceptase, habían resultado inútiles. en cuanto a mi hermano, me dolía que se hubiese ido así, chamuscado y sin un triste manotazo. y era tanta mi desolación, de verdad, era tanta que mientras admiraba la habilidad del operario con la paleta y el cemento, se me ocurrió algo... parecido a esto:

me duele todo lo que no fue  
lo que ya no será

y pensé en apuntarlo, con la desolación y eso, pero después se me pasó y renuncié. que empiezas a cultivar versos, y cualquier día, sin saber bien cómo, acabas de poetiso en un ataúd, o recluido en el sanatorio de oza, que no sé qué es peor

## una decisión tomada

ya es hora de mirarse, de introspeccionarme ¿vale?... vale, en una de esas excursiones con sebastián, nos sentamos a compartir un cigarrillo de hachís, que los liaba con una maquina y le salían perfectos. y nos sentamos en las rocas a fumar, y a contemplar la puesta de un sol que se hundía muy rojo en el mar, entre las islas de san pablo. y estábamos así y me entró la gula ¿no? con el hachís, y le pregunté a sebastián si le quedaba chocolate —sí, creo que sí...— y al abrir la mochila, se le cayó un libro —ah, este libro deberías leerlo, te lo recomiendo. el poema de gilgamesh... es el primer poema épico que se conserva...

—¿y qué tal?

—maravilloso, ya verás... toma, te lo regalo...

—no, no...

—venga, que yo ya lo leí tres veces. esta es la tercera...

—gracias... ¿y chocolate, te queda?

—a ver...— aligero, que si no... en ese poema de gilgamesh descubrí unos versos escritos cuatro mil o cinco mil años antes de mi nacimiento, que fue como descubrir a medusa y hacerme piedra, y es que parecían escritos para mí, y... me los aprendí de memoria:

y tú, enkidu  
hijo de un pez, o una tortuga  
lastimoso cobarde  
que no has conocido a tu padre  
que jamás has sido amamantado

sí, ya es hora de mirarse y reconocer que actué como un cobarde, como he actuado siempre, porque nadie me estimuló a ir hacia el mundo, a curiosear confiado en las cosas, en los objetos que el mundo me ofrecía. de niño vivía retraído, me habitué a vivir de lejos, desde fuera. me acomodé en mí, y me protegí, bien revestido de insolencia. y sin embargo, me aborrecía tanto, sentía tanto desprecio y tanta repugnancia que deseaba salir de mí, de ese cautiverio, y entregarme a cualquiera. igual que había hecho con lorena, que casi me desangra en aquel —aporte— de granizo que te conté ¿te acuerdas? en maría pita... o clavarme cristales y cuchillos delante de todos, y ver sus caras, y... naturalmente, pensé en el suicidio. porque lo que nos incita a vivir es el sueño, esa esperanza neblinosa. y los míos, mis más humildes sueños, se habían truncado uno tras otro. y de una manera tan sistemática que algunos ya los ensoñaba truncados, que ni tiempo me daban a extraviar la mirada y sonreír. y eso, que pensé en el suicidio, y sin ningún temor, de



verdad, como un alivio definitivo a esta vida estéril, de espera permanente, de quién sabe y a lo mejor y quizá mañana. y me la representé con tanta viveza, me refiero a la muerte, que me vi postrado en un espacio interior, muy denso, similar a una vaina, preguntándome si alguien podía entrar ahí, o sea, lo que importa, si a ese espacio interior puede acceder tu familia, o algún consanguíneo, y vengarse y zaherirte. porque... qué recursos tendría en ese estado de extrema postración, de extrema indefensión ¿eh? qué recursos... ninguno. por lo menos, estando vivo cabía la posibilidad de distraerme, de manifestar ese falso entusiasmo y engañarme ¿entiendes? como hacen los demás, y esperar que lorena lo solucionase mediante un conjuro o algo

y era evidente que —algo— estaba haciendo, porque se había quedado con las llaves de mi casa, y se iba allí a pasar la tarde, supongo, y es que a veces me traía ropa —mira, te he traído esta camisa, que me gusta mucho. y además te favorece, te hace juego con los ojos...— ese comentario acerca de mis ojos, y otros semejantes que incluían mi nariz, mis orejas, mi pelo, mis manos... esos comentarios físicos se debían a la excitación que le causaba entrar en mi casa, y alternar con... no sé, es un asunto sobre el que prefiero no hablar, ni especular, y del que me desentendí inmediatamente. así que mientras yo cumplía el horario de visitas del hospital, y cuidaba a mi tía, y atendía sus caprichos, que era muy golosa y le llevaba a escondidas bombones de licor, y procuraba distraerla y que se riese... recuerdo una lectura de la celestina... por cierto, que ahí, en el prólogo, se hablaba del lento proceso de la —philocaptio— o sea, de la captación del amor —por la áspera ponzoña de las víboras— que es lo que me había hecho lorena con sus bebedizos ¿no? que había conseguido doblegar mi voluntad a fuerza de —té rojo— y rito vaginal, y... la celestina, que nos repartimos los papeles, mi tía laura los femeninos, y yo los masculinos. y tras algunos intentos tan graciosos como desafortunados y poco siniestros, tuve que hacer yo de celestina, porque su bondad natural se lo impedía. y se moría de risa cada vez que le decía con voz ronca de bruja —putico, putica— o alguna barbaridad. me abrazaba y venga besos —¡dios, qué bien te sale!— y se reía muy alegre. que a eso aludía antes, a la —pulsión perentoria— en fin, tiempo de hospital, de convalecencia, tiempo desaguado... bueno, y mientras yo expiaba aquel sentimiento de culpa, y cumplía rigurosamente ese horario de visitas, lorena se iba a mi casa —a limpiarla— y después nos citábamos en un café de la calle real. y un día aparece con los ojos muy brillantes... no, espera ¿te acuerdas de lo que te comenté del azar y las casualidades y todo eso?... a ver qué opinas, porque para mí fue una clara premonición... resulta que vuelvo del hospital, de visitar a mi tía, y voy caminando hacia el café por la calle real, a la entrada, donde está el obelisco, y diviso a unos treinta o cuarenta metros a la —enkaramazov— a patricia, y es inevitable el encuentro, y... me juré, respiré muy hondo y me juré, que si esa idiota se acercaba a saludarme, al primer gestito, aspaviento, pucherito o mohín, la estrangulaba allí mismo, por hipócrita, y... nada, al final nos cruzamos sin vernos. y ahora atiende, entro en el café, me siento en la mesa del rincón, que siempre la esperaba ahí sentado, y a las nueve y media o diez, era bastante

tarde, aparece lorena con los ojos muy brillantes y toda sofocada. le pregunto qué le pasa, y me susurra al oído —que estoy muy mojadita...— y ya fuimos a su casa con la sobreexcitación, a hacer los ritos, y caricias íntimas, que eran las caricias que más me gustaban. y estarás pensando... —¿y? ¿es tanta cosa?— o también —¿cuál es la clara premonición? ¿te has olvidado de la clara premonición?— que apenas sabemos escuchar, y nos dejamos guiar por la impaciencia... pues que acabamos, y abre el bolso y me dice —toma, te traje esto...

—¿qué es?

—el cuaderno de alejandro...— mira, fue como si tuviese en la mano uno de esos escorpiones negros y asquerosos ¿sabes? y lo tiré contra la pared

—¿para qué me lo traes?

—creo que deberías leerlo ¿no?

—no, no debería leerlo... ¡dios, no entiendes nada!

—es de tu hermano...

—¡y qué, ya están muertos! ¡que me dejen en paz!— y empecé a frotar la mano, a restregarla en un lateral de la cama. que aun considerándome una persona fuerte y poco escrupulosa, no puedo con la grima de los muertos, en serio, no puedo. me debilita pensar en sus... actividades, que me atormenten y me inflijan algún daño por medio de personas cercanas a mí. personas que en su cándido y despreocupado atolondramiento, ignoran esa hostilidad real, y cómo es susceptible de encontrarse tras la muerte, y... le pregunté si me lavaba las manos —¿me lavas las manos?

—sí...— fuimos al baño, y ya vi que me las estaba lavando mal, que me frotaba los dedos con desgana, como contrariada. y en silencio, que ni tarareaba aquel lied. y me disculpé dándole algunos besos en la mejilla —lo siento...— y en el cuello —loreana, lo siento...

—no importa, ya estoy acostumbrada...

—¿dónde lo encontraste?... ¿eh?

—¿qué?

—ese cuaderno...

—en su habitación...

—¿has estado en su habitación?

—claro, he estado en todas las habitaciones... ya está limpia, tu casa... ya puedes volver...

—¿por qué?... ¿te has cansado de mí?... ¿eh?

—tú no me quieres...

—qué tontería...

—es la verdad... me necesitas, pero no me quieres... tú no quieres a nadie

yo creo que alejandro murió desengañado de patricia, desenamorado. y siendo muy consciente de quién era en realidad esa necia y del error que había cometido. lo digo porque al día siguiente le llevé su cuaderno a mi tía laura. lo llevaba envuelto en una bolsa de plástico, y dentro de otra

bolsa, que le dije a lorena que yo no quería tocarlo, que lo envolviese bien, y... aun así, a punto estuve de arrojarlo en un contenedor, te lo juro, pero no me atreví, porque era un acto... temerario, una temeridad. y quizá una provocación, y no es ninguna broma, nunca sabes lo que pueden considerar ofensivo, y... eso, llego al hospital con el cuaderno, y mi tía estaba muy contenta, que otras veces me recibía con los ojos hinchados y algo enrojecidos, de llorar. aunque ella siempre se esforzaba en ocultarme aquel llanto con sonrisas, juegos y banalidades sanitarias. estaba contenta porque le iban a dar el alta —acaba de pasar el doctor, y me ha dicho que si no hay novedad, lo más seguro es que el lunes me vaya para casa... ¡ven, quiero besos! ¡muchos!— era viernes, o sábado. y me alegré por mi tía, de verdad, y pensé que si alguna maldad me venía a través de ella, sería completamente involuntaria, porque la tía laura me adoraba, era mi remanso familiar. en cambio, lorena... lo cierto es que no la veía capaz de dominar ese impulso que la —mojaba— y la arrastraba —bien mojadita— hacia esas situaciones. y andar por ahí con el cuaderno de alejandro me parecía una imprudencia por su parte, un riesgo innecesario. y que me involucrase... bueno, y le llevé el cuaderno a mi tía y lo leyó, no sé si entero. y el domingo por la mañana, mientras descifraba aquella caligrafía, me dio sus llaves, las de su casa, para que fuese a buscarle un vestido y unos zapatos y... lo que le hacía falta ¿no? que me acompañó lorena, por si acaso. y es que me alteraba mucho estar yo solo en espacios cerrados, me alteraba hasta la taquicardia, muy fuerte y muy angustiada, y sudoración y ahogos, dificultad respiratoria, y... me acompañó lorena. y por la tarde llego al hospital con sus cosas, y al ver el vestido que le llevaba, se echó a llorar —pobre, pobrecitos...— un vestido de seda con florecillas estampadas —me lo regaló tu mamá por mi cumpleaños...— y me habló del accidente por primera vez, que conducía mi hermano y que iban bajando la cuesta de santa cruz, charlando de futilidades, de si era más apetecible un baño antes de comer, o después. y se oía una canción, alguien cantaba —creo que yo también cantaba, y... de repente, chocamos... chocamos con algo...

—¿con qué?

—no sé... con algo, y estaban tan callados... fue horrible... horrible, ese silencio... entonces se abrió la puerta del coche, que yo siempre le pongo el seguro, y... se abrió y salí a gatas, supongo... hasta la hierba... y ya desperté aquí...

—lo siento...

—cariño, tú no tienes la culpa. nadie...

—ya, pero me siento culpable...

—no, cielo, ven... no quiero que pienses cosas raras... ¿eh?... ah, mira qué preciosidad escribió tu hermano... es lo último que escribió... yo creo que es para patricia...

—no la soporto, es una imbécil...

—no...

—la vi hace un par de días ¿sabes? por la calle real...

—¿sí? ¿qué te dijo?

—nada, hizo que no me veía...

—ya, le dará apuro... bueno, te leo:

duele pensar que durante cierto tiempo  
hayas sido toda mi vida  
y ahora sólo seas un recuerdo  
y no demasiado agradable

es triste... pero es precioso ¿verdad?— y yo le dije que a lo mejor no lo había escrito él, que lo había copiado de algún libro. y es que no podía olvidar que alejandro era mi hermano, que había sido mi hermano todos los días, y no —durante cierto tiempo— sino durante diecisiete años, casi dieciocho

el lunes le dieron el alta médica, y yo me fui con ella a su casa, a cuidarla. en realidad, he de reconocer que quería alejarme de lorena, que estaba rarísima con tanta afectividad ¿no? o era yo, que siempre estoy recelando. también quería alejarme de la... densidad que... no sé cómo explicarlo, pero su madre irradiaba algo muy turbio desde la habitación, en serio, se percibía sobre todo en el pasillo, cuando me levantaba para ir al baño. naturalmente, yo no le hablé a lorena de estas aprensiones, ni de su madre. no hacía preguntas, ni buscaba respuestas. sólo le dije que mi tía laura me necesitaba y que iba a instalarme en su casa para cuidarla —no te importa ¿verdad?

—no... supongo que no, y además... creo que es lo mejor... distanciarnos un poco...

—no, no es eso...

—¿qué es?

—pues, que mi tía... laura...

—mira... escucha, yo no te he elegido a ti, ni tú a mí... ya estábamos elegidos de antemano ¿entiendes?... éramos una decisión tomada... es lo que somos...

—¿quién?... ¿por quién?

—por todo...— así eran muchas de mis conversaciones con lorena, así de ambiguas, porque yo prefería no indagar, prefería dejar atrás esa inmensa inmundicia, y.. te pongo un ejemplo, esto es algo que no le he contado a nadie, jamás, ni a lorena. bueno, a lorena menos... yo... a veces, al entrar en su casa, o si ella mencionaba algún aspecto de la enfermedad de su madre, se me venía a la boca, al paladar, un regusto agridulce, a leche cortada. y al momento me acordaba de mi hermano retorciéndome el brazo, y gritándome por la calle —¡qué asco, joder! ¡andar chupando tetas de bruja!— y tenía que apresurarme a pensar en otras cosas, para evitar las arcadas, y náuseas. por esa razón, por esas sensaciones tan molestas y persistentes, califico mi pasado de —inmensa inmundicia—

uno de esos días me telefoneó lorena y me dijo que su madre acababa de ingresar en el hospital —

como siempre...— que estaría unos días allí —como siempre...— y luego la mandarían a casa con el broncodilatador y los antidepresivos —como siempre...— que nada, que sólo me llamaba para que lo supiese y qué tal estaba y todo eso. y yo le dije que estaba bien y le pregunté qué tal estaba ella y me respondió que bien, que iba a quedarse a dormir en el hospital con su madre, que ya estaba acostumbrada a pasar la noche en un sillón y no le importaba —soy una mujer fuerte...

—lo sé... yo también soy un hombre fuerte...— y se rio... y... al cabo de tres o cuatro días, volvió a telefonarme ¿no? aunque ahora se le notaba en la voz que aquella fortaleza estaba empezando a desmoronarse, porque su madre había empeorado, y su estado era tan crítico que se la habían llevado a la uci otra vez. con el corazón muy debilitado y una infección de las vías respiratorias, que apenas le entraba el aire —es una angustia, oírla... respirar... le están administrando antibióticos, y me han dicho que hay que priorizar, que es una medicación excesiva la que está recibiendo, y que si no mejora, habrá que ir pensando en... una atrocidad. necesito consultarlo con alguien, contigo... ¿podemos vernos?... hoy voy a dormir a casa, que está en la uci y son muy estrictos... ¿qué dices? ¿nos vemos?... ¿eh?

—vale, si quieres...— sé que suena a concesión, pero te equivocas, porque yo echaba de menos a lorena, quizá más que ella a mí. y es que cuando sólo tienes a dos personas en el mundo, y sexualmente sólo a una, la echas de menos, y vives en una desazón constante. y si encima ves que te mira con esa inquietud en los ojos, como de súplica, como me miró a mí en el café, entonces... sientes brotar ineludiblemente cierto afán de protección, y perdona que me exprese así... igual que una madre protegería a su cachorro. estoy hablando, por supuesto, de un principio observable en la naturaleza, y de una madre hipotética y en general, no de la mía

y cuál es la diferencia entre ese instinto de protección y el amor ¿eh? explícame cuál... no, no hay diferencia. y yo mismo estaba sorprendido ante semejante transformación, que desmentía aquel aserto de lorena —que yo no quería a nadie— y no era verdad, yo estaba cambiando, me preocupaba por mi tía laura, por su alimentación, la llevaba al paseo marítimo todos los días, para que caminase un poco, la mimaba y procuraba hacerla reír. una vez hasta me puse a dar saltos en el sofá, imitando a un chimpancé, imagínate. que volvíamos al atardecer de nuestro paseo cotidiano, era septiembre, a finales, y volvíamos con esa nostalgia del verano ¿no sabes? y la vi muy triste y callada, que caía con demasiada frecuencia en melancolías y ensimismamientos, y... eso, lo creas o no, me puse a dar saltos en el sofá y a chillar como un idiota. que por otra parte, era la forma más simple y efectiva de encubrir mi propia ansiedad, de negar mi abatimiento ¿entiendes? ayudando a otros. y el método que siempre aconsejo en caso de desasosiego ¿vale? a ti también, porque el reconocimiento del dolor ajeno actúa en nosotros, en nuestro organismo, como un lenitivo, y... al encontrarme con lorena en el café, y con esa mirada de súplica, me olvidé de mí y de mi angustia personal, y me encaminé hacia la santidad y la hombría, decidido a cuidarla, a ella y a mi tía laura, a las dos. y ya empezamos a besarnos ¿no? y me propuso pasar la

noche juntos, que me quería y me necesitaba y no podía vivir sin mí, que yo era su sangre, que a veces, cuando me quería mucho, me lo decía, que yo era su sangre y me llevaba en su sangre desde antes de nacer, y... me propuso pasar la noche juntos y le dije que sí, pero mejor en la casa de mi tía laura, que se alegraría de verla, y tenía una casa muy bonita y agradable, que la había decorado ella misma y estaríamos más cómodos, lejos de la humedad y el olor a cerrado y la lóbreguez y las irradiaciones de su casa. claro que esto no se lo dije, me lo guardé para mí, y... bueno, la acompañé a su casa, a ducharse y cambiarse de ropa, aunque yo no subí, la esperé dando vueltas por los soportales de maría pita, que lloviznaba. y una media hora después, volvió muy limpia y muy guapa, se había pintado los labios y los ojos, y sonreía casi con desesperación. era tan halagador todo ese esmero por agradarme, por hacer del mundo un lugar risueño, que fuimos a comprar un par de botellas de un reserva que le gustaba mucho a mi tía, para celebrarlo. para celebrar que éramos una nueva familia, para entregarnos a esa idea

qué días, qué horas de ensueño, cuando sólo buscas complacer, porque rebotas sonrisas, caricias, atenciones, porque nadie disputa tu reinado y te vuelves confiado hasta tal punto que despides a los centinelas, y olvidas que desde el mismo instante de tu nacimiento, de tu coronación ¿eh? desde ese preciso instante el mundo se atarea contigo, vive afanándose contra ti, el más insensato y desprevenido y majadero de los hombres. y lorena me acariciaba y me pedía que la acompañase al hospital con aquella voz tan dulce... y también me convenció mi tía laura, me dijo que lorena estaba atravesando un mal momento y necesitaba nuestro apoyo, y... en definitiva, que quise complacerlas y accedí. te juro que no me apetecía nada, y menos al conocer —la atrocidad— la decisión que debía tomar, que —debíamos tomar conjuntamente— sobre su madre. que no te lo conté, se trataba de —practicarle una traqueotomía— es lo que quería consultarme lorena, que uno de los médicos de guardia —el más joven...— le había asegurado que respiraría mucho mejor y así no forzaría el corazón, no lo obligaría a trabajar de esa manera. que una traqueotomía no era tanta cosa, una operación sencilla, algo aparatosa pero muy sencilla, y que su madre no iba a sufrir y había que evaluar los beneficios y todo eso. en fin, que una tarde... era el dos de octubre, se me quedó grabada esa fecha, ya te diré por qué, y... la tarde del dos de octubre, nos dirigimos al hospital, a la uci, y ya en la puerta, la enfermera nos señaló un cartel y nos advirtió que las normas prohibían terminantemente la visita de dos o más familiares juntos —para evitar aglomeraciones— teníamos que entrar de uno en uno. y claro, por no incumplir las normas, le dije a lorena que no insistiera —es igual, entra tú. yo te espero aquí...— y me quedé en el pasillo, dando vueltas de un extremo a otro, alargando el trayecto con pasitos muy cortos, y silbando de satisfacción por haberme escabullido. y no, que sale a los diez o quince minutos, y yo —¿qué tal?

—bueno, la respiración sigue... muy forzada ¿sabes? muy agobiante... entra, a ver qué te parece...

—no, si está así...

—está medio adormilada... por lo menos entra a verla, ya que has venido...— y entré... entré por lorena y por mi tía laura y por curiosidad, por mirar qué había allí dentro, por si me servía para escribir un relato o algo. y además, he de confesarlo, por la absoluta frivolidad de ponerme la mascarilla y los guantes y todo aquel uniforme desechable. bien, entro en la uci, la enfermera me ayuda ¿no? y me explica que el uniforme es para prevenir contagios —aquí hasta un simple catarro puede ser... una catástrofe... ya está... es la número siete

aquello era el infierno numerado, hacía un calor espantoso, me sudaban las manos, y llevaba los guantes pegados a la piel. goteaba en el interior de aquel plástico, por el costado, y por la frente y las cejas... la madre de lorena estaba semidesnuda, encima de la camilla. también sudaba, el pecho descubierto y caído sobre las costillas... la tapé, pero demasiado tarde, porque yo no debería haber visto eso, yo menos que nadie, ni siquiera debería estar allí, y... la tapé, y al notar que la tapaba, abrió los ojos y se quedó mirándome, molesta, con gesto de fastidio. y como no sabía qué hacer, sonreí y le dije hola —hola...— creyendo que en su —estado crítico— y yo con la mascarilla, no me reconocería, se cansaría de mirarme y acabaría cerrando los ojos ¿no? y ya podría marcharme, y... al principio me miraba así, con extrañeza, dando rápidos sorbitos de oxígeno, lo que denominan —respiración superficial— y me miraba así mientras parecía rebuscar en algún pozo oscuro y extraerme poco a poco. al fin me reconoció, y abrió mucho los ojos y la boca para hablar —aaaaah...— el aire se le arrastraba por la garganta, rechinaban los bronquios sin conseguir articular nada, ni una palabra —aaaaah...— era muy angustioso verla, comprobar que mi presencia la alteraba tanto, y que de un momento a otro iba a venir la enfermera a reñirme, a llamarme la atención —¿qué le has hecho?— le cogí una mano con cuidado, que tenía una vía, bueno, no se la cogí, sólo la toqué, y al decirle —tranquila...— se le contrajo la cara y empezaron a caerle unas lágrimas rotundas, del suero. y otra vez —aaaaah...— como si quisiera contarme algún secreto, o hacerme alguna recomendación, por ejemplo, que me ocupase de lorena —aaaaah...— y de repente se me cruzó esto por la mente, que en ocasiones se te cruzan cosas y no sabes por qué. y se me cruzó —aaaaalgo...— y se me quedó ahí en la cabeza, resonando como un escalofrío —chocamos con aaaaalgo

## la angustia distraída

a veces tenía miedo de lorena, no era miedo físico, a que me hiciese daño, que ya viste con el granizo... no, era un miedo... moral, un desasosiego al pensarla, casi un angustia. algo muy enojoso y terrible, una repugnancia íntima que hacía del mundo un lugar desapacible ¿entiendes? de engaño y burla fría... no, ya sé que no lo entiendes, cómo vas a entenderlo... espero que al menos no tergiverses mis palabras, me conformo con eso, porque lorena era... yo, como yo, y la repugnancia que sentía por ella, era la misma que sentía por mí, estábamos íntimamente ligados. y su madre, la existencia de su madre era un recordatorio de nuestra mutua repugnancia, porque yo creo que lorena también la sentía, era consciente ¿no? aunque se negaba a admitir un sentimiento tan desnaturalizado, y no me extraña. por el contrario, yo estaba habituado a convivir con esos sentimientos, con esa mugre que desde niño me había empujado a una pulcritud que los demás juzgaban desmesurada, y a un pudor que mi madre interpretó en un principio como debilidad de carácter o apocamiento, mansedumbre... y mi hermano, como un signo evidente de homosexualidad. hasta que vieron alguno de los cortes que me había hecho, que un día me hice un montón de cortes alrededor del ombligo, y me encontraron en el palomar, a la hora de la cena, tirado en el suelo y desangrándome. en fin, esto son... fruslerías, algo circunstancial. lo que quiero decir es que yo no me dejaba llevar, siempre había luchado contra esa —repugnancia íntima— que me parecía muy injusta con lorena, y quizá con su madre, quizá, porque... mi primera reacción, lo primero que pensé allí, en la uci, fue que su madre me había adivinado el pensamiento, me había leído, y había actuado por mí. y por esa razón le había dicho a lorena —¡cierra la puerta!— el día del accidente, porque se avergonzaba y no se atrevía a enfrentarse a... las trágicas consecuencias de aquel acto, de aquel hechizo. que algunas veces el conjuro más sencillo, un bebedizo cualquiera, un... inocente filtro amoroso puede torcerse y malignarse y causar graves daños, incluso puede conducirte al suicidio, como le sucedió a lucrecio, y... bueno, eso fue lo primero que pensé, que la madre de lorena había actuado por mí, aunque unas semanas después, tras su muerte, empecé a dudar de mí, de lo que había oído, y pensé que a lo mejor no había dicho —aaaaalgo...— que sólo había dicho —aaaaah...— porque me había reconocido. y lo único que pretendía yo con ese pequeño añadido, era irresponsabilizarme, no sé... lo que sé es que me porté muy mal con lorena, que no le devolvía los besos ni los abrazos, y lo que deseaba con esa conducta tan mezquina y tan despreciable, mi objetivo era... estar lejos de ella y de su madre y de todo, porque todo era repugnante. así que me encerré aún más en mí, para que nada me afectase. y en el taxi volví callado, y mirando decididamente por la ventanilla, obcecado con el puerto, y las



luzes de los barcos al anochecer. y cuando me habló y me preguntó mi opinión —¿tú qué opinas?... ¿eh?

—¿qué?

—¿que qué opinas?

—¿de qué?

—de mi madre, de la traqueotomía... qué opinas...— le contesté airado, de muy mala manera — ¡y yo qué sé!— porque quería hacerle daño ¿entiendes? quería hacerle daño y que sufriera, igual que yo, y verla sufrir. y también quería llegar a casa y coger un cuchillo y cortarme y sangrar mucho. sangrar el asco que sentía, sangrarlo y dejarlo ir

nos bajamos en la parada del obelisco, que siempre nos bajábamos allí, y aunque entramos en casa fingiendo, mi tía laura se dio cuenta enseguida de que pasaba algo, porque lorena y yo no nos dirigíamos la palabra, y evitábamos mirarnos. y estaba bebiendo un vaso de agua, que tenía la boca seca de tanto pensar, y ya vino a abrazarme —ay, este niño mío, qué sensible es...— y yo le dije que no, que no era una cuestión de sensibilidad, que me dolía la cabeza, y quería ducharme y descansar, a ver si se me pasaba, y las dejé hablando en la cocina, y... fíjate, me duché dos veces seguidas y aún me sentía sucio, más que de costumbre, que aquello venía de dentro y no se iba con el gel de baño. me metí en la cama enrabiado con mi vida, con mi destino o azar o lo que fuese, con esta maldición, y no entendía por qué entre millones de probabilidades, había tenido que nacer en el seno de semejante familia, ni por qué mi padre nos había abandonado. bueno, esto sí lo entendía, y era tanta mi rabia que empecé a abofetearme la cara, y cada vez más fuerte ¿no? y yo creo que me oyó lorena, porque entró en la habitación, y... enciende la luz y me pregunta muy seria —¿qué haces?

—nada...

—¿estás bien?

—sí...— y me acaricia el pelo y dice —voy a la ducha y vengo pronto ¿vale?— que mi madre era igual, no le daba ninguna importancia a mis sentimientos, le resultaba más cómodo pasarlos por alto, inadvertirlos, y... así que lorena se fue a la ducha y volvió de la ducha y se metió en la cama desnuda —¡qué frío!— y se abrazó a mí esperando que yo también la abrazase, pero no me moví, por rabia y porque olíamos los dos a la misma... lavanda o aloe vera, y hasta eso me sacaba de quicio y me asqueaba. y ella —¿te sigue doliendo la cabeza?... ¿eh?

—¿qué?

—si aún te duele la cabeza...

—no... no sé...

—bueno...— me acarició, me besó en la nuca —buenas noches...— y se acurrucó lejos de mí, lo más lejos que le permitía la cama. apenas dormimos, yo al menos no podía dejar de pensar en

su madre, y en lo que me había dicho, y que se trataba de un asesinato, un asesinato real en el que estaba implicado, y encima yo tenía el agravante de la consanguinidad, era matricida y fratricida, o sea, lo más vil y abyecto, la peor de las alimañas, un monstruo, yo... y de verdad que tenía ganas de vestirme y salir a entregarme a la policía, ir a la comisaría de los jardines y confesarlo todo, aunque... ya me dirás, confesar qué... lo único que iba a conseguir era que me encerrasen en el sanatorio de oza, con sebastián

dos o tres horas después... no, más, debían de ser las cinco o seis, estaba quedándome dormido, y lorena encendió la luz y empezó a revolver en el armario, y le pregunté —¿qué haces?— y no me contestó, continuó revolviendo. y yo —lorena ¿qué haces?... ¿eh?

—nada, que me voy...

—¿adónde?

—a mi casa...

—ah... vale...— es lo que se me ocurrió en ese momento, decirle —vale— y... recogió sus cosas y se fue. me contó que había estado caminando hasta el amanecer, que se había sentado en un banco del castillo de san antón, y que allí había decidido romper conmigo para siempre, porque yo le hacía daño, y no sabía cómo actuar conmigo. y que era lo mejor, separarnos, estar alejados el uno del otro, que... al principio yo también creía lo mismo, y que en el fondo era un alivio, que lorena estaba trastornada por culpa de su madre y sus nigromancias ¿no? igual que yo por la mía y su contrariedad al ver cómo se desarrollaban en mí todos los gestos y tics y manías de su aborrecido esposo, mi padre. una contrariedad que se manifestaba en aquellos cuchicheos y miraditas con mi hermano, y... al principio yo también creí que era lo mejor, separarnos, dejar de vernos por un tiempo, y calmarnos antes de tomar cualquier determinación. y es que para mí ese sentimiento hacia lorena era absurdo, lo más estúpido que existía. porque cuando no estaba a mi lado, la echaba de menos y no podía dejar de pensar en ella, y sin embargo, cuando estaba, la olvidaba completamente. y claro, me preguntaba qué... o sea, si el amor era eso, qué tenía de hermoso

y entonces mi vida se enfangó de miseria, y no es ninguna metáfora exagerada, es la verdad. que una noche fuimos a ver una ópera de verdi, porque... los días lluviosos, como no podíamos hacer nuestra caminata por el paseo marítimo, solíamos ir de noche al cine o al teatro, y cenábamos por ahí. bueno, y una noche fuimos a ver la traviata, que a mí no me gustaba verdi, me parecía un poco vulgar, pero mi tía insistió —¿sabes qué?... perdernos la traviata es un pecado, y de lo más mortal...— porque era una maravilla —ya verás...— y su ópera favorita y tenía que acompañarla —anda, no voy a ir yo sola...— y... no sé si conoces esa ópera... da igual, en serio, mejor para ti... hacia el final hay un aria que se llama —addio del passato— y estábamos cogidos de la mano, que

mi tía me cogía una mano cuando se emocionaba, y... empezó a apretarme muy fuerte, y miré y estaba llorando muchísimo, y... ¿te acuerdas de lo que te dije antes, durante el entierro, que nos morimos en los demás? pues sentí que yo también había matado a mi tía laura, que le había estropeado la vida y estaba mustia por mi culpa. había matado a la única persona, te lo juro ¿eh? a la única persona que siempre me había protegido y me había consolado. y yo, el más canalla de los canallas, se lo había agradecido provocando ese accidente, y condenándola a sufrir mil remordimientos y escrúpulos, porque según ella iba cantando, que ni siquiera estaba segura — creía— que iba cantando, y quizá... quizá había distraído a mi hermano. en fin... te hablaba de la miseria, que lo escribí en mi cuaderno, la miseria es saber que estás haciendo algo mal, y ser incapaz de detenerte, como si quisieras traspasarla, como si aumentando el dolor pudieras quebrarlo, algo así, y... lo que te decía, que mi tía me apretaba la mano con mucha fuerza, los ojos llenos de lágrimas, y de repente, noté una especie de opresión en la garganta, una angustia y que me ahogaba, y se me escapaban unos gemiditos del pecho que no conseguía reprimir, ni dominar, por más que me esforzaba. imagínate la vergüenza... y claro, la gente que estaba sentada a nuestro alrededor, oía esos gemiditos, esos hipiditos, y me miraban medio sonriendo, que les hacía gracia, aunque luego se alarmaron ¿no? y tuvimos que salir al vestíbulo, que se había acabado el aria y yo no paraba de llorar y de pedirle perdón a mi tía, y la abrazaba —perdón, perdóname...— que no me importaba que me vieran en ese estado. porque una vez alcanzado el más absoluto de los ridículos, y es conveniente que lo sepas, una vez alcanzado, ya te conviertes en un ridículo irreprochable

cuando se me pasó ese ataque, esa —crisis de angustia— que lo diagnosticaron así —crisis de angustia— y cuando se me pasó, lo primero que hice fue —suplicarle— a mi tía que no se lo contase a nadie —por favor, no se lo cuentes a nadie. prométemelo...— como es natural —nadie — era lorena, quién iba a ser, y mi tía sabía perfectamente que con —nadie— me refería a lorena, igual que yo sabía perfectamente que hablaban todos los días y que estaba al corriente de la enfermedad de su madre, bien informada de cada avance y cada retroceso, y aunque nunca pregunté ni quise enterarme, estoy convencido de que mi tía laura tomó parte en la decisión de ayudarla a morir... y... eso, le hice prometer que no se lo contaría a lorena —prométemelo...— y me dice mi tía —te lo prometo si tú me prometes que vas a ir al psicólogo...

—los psicólogos no sirven para nada...

—cariño, necesitas ir...

—ya fui...

—sí, pero necesitas volver, y yo también... podemos ir los dos... ¿eh?... hay uno en los soportales de maría pita...

—ya...

—tiene una placa, escuela freudiana...

—sí, ya la vi...— y allá nos fuimos. era una psicóloga muy guapa, mi tía decía que era — ¡guapísima!— debía de andar con la transferencia, y... nos sentamos en unos sillones, la psicóloga y yo, y me preguntó por qué estaba allí, por qué había acudido a su consulta, y si lo había decidido yo o me lo habían pedido. me lo preguntó por preguntar, porque mi tía había ido unos días antes y le había hablado de mí y conocía la respuesta, que detestaba a los psicólogos y que me había arrastrado a su consulta a fuerza de mimos y ruegos, que si no... y... abrevio:

1. no mencioné el accidente en ningún momento
2. le eché la culpa de todo a verdi. que no lo soportaba y que me había sentido incómodo y a disgusto y como oprimido por la gente durante toda la representación. que verdi era muy desagradable y vulgar y seguro que bebía, porque no le hallaba otra explicación a tanta sentimentalidad y tanta... que me revolvía las entrañas y las tripas y cosas por dentro. y la psicóloga —¿qué cosas?

—de hecho, no pienso volver a escucharlo, ni a él ni a puccini ni a ninguno de esos...

—y dices que te revuelve cosas...

—sí, por dentro...

—¿y qué cosas?— que tenía los ojos castaños, y normalmente, las personas que tienen los ojos de ese color, por ejemplo, mi madre los tenía así, y la directora, la de mi colegio, y... las personas que tienen los ojos de ese color suelen ser muy intransigentes, y bastante obstinadas —¿qué tipo de cosas?

—pues... no sé, cosas antiguas... y visiones...

—¿visiones o sueños?

—no, no, visiones...— y le conté dos o tres, que le gustaban mucho y las anotó en un cuaderno, y... le conté varias visiones, las que te conté a ti, que son mis favoritas, y ya empecé a quejarme de la indiferencia de mi madre y de mi hermano, y de mi padre ausente y de los cortes que me hacía, y hasta le hablé de la infancia de balzac, imagínate... y ella me comentó que a pesar de no haberlo leído, encontraba muy interesante el paralelismo. evidentemente, y como puedes suponer, no volví a la consulta. le dije a mi tía que habíamos estado trabajando las distorsiones, y que la psicóloga me había hecho un buen encuadre y marcado unas pautas, y desaconsejado la ópera italiana, los lugares cerrados y las aglomeraciones

bien, no ignoro que la psicología es capaz de grandes logros y de grandes beneficios en las alteraciones mentales, y esta psicóloga en particular... constituía una amenaza, al menos para mí, por lo que te dije de sus ojos y de la impresión que me causaron. y aunque yo era consciente de que podía aliviarme la angustia, y quizá ese sentimiento de culpa al que me había habituado, tenía miedo de ella, más que de lorena. de ella y de su influencia, y de acabar idolatrándola y sujeto a unas pautas rígidas, y unos horarios, como una serpiente aplastada bajo su pie, por utilizar una

imagen religiosa que ilustre mi recelo, y... de que esa construcción anómala que era yo, se viniese abajo, y algún mal amanecer me descubriese viviendo en cuerpo ajeno, la vida de otro, con las sensaciones y los pensamientos de otro, con las distorsiones de otro, y... esas distorsiones conformaban mi carácter ¿entiendes? como los armónicos de un instrumento musical. y además... si ya me había habituado a esto, para qué cambiar. sí, es cierto, la vida es lo único que tenemos, y debemos cuidarla y todo eso, lo que quieras, pero también es cierto que le damos una importancia desproporcionada, y una solemnidad que... ya me dirás ¿no?

en fin, lamento que esta historia sea tan triste, y que no salgamos de los cementerios... te aseguro que la he aligerado cuanto he podido, en serio, y he soslayado muchas escabrosidades ¿eh? muchísimas. pero aquí estamos, tú y yo, en un mundo que visto por primera vez, haría enloquecer a cualquiera. por eso nacemos sin entendimiento, y con la mirada nublada, pataleando y gimoteando y balbuceando nuestro disgusto, y sin poder valernos, que... bueno, ya está, suficiente... un día, a las dos o así, nos disponíamos a comer, que mi tía había preparado algo en el horno, supongo que pescado, que lo cocinaba muy bien, y... nos disponíamos a comer y sonó el teléfono. y mi tía —hola...— y se quedó callada, una mano en la boca, llorando en silencio —ay, mi niña... pobre... sí...— y me pasó el teléfono, me dijo —es lorena... pobrecita, háblale bien...— y le hablé con mi voz más amable y comprensiva, con ese entusiasmo frío del recién psicoanalizado, del que aún no ha regresado a... díos, qué insignificancia. te juro que a veces YO soy lo más molesto para mí... te lo juro... y... le hablé así, amablemente, porque ya me imaginé alguna barbaridad, la traqueotomía o alguna barbaridad de esas —hola, lorena ¿qué...?

—mi madre se ha muerto... se acaba de morir ahora, hace...

—vaya...

—hace un momento, unos minutos...

—lo siento...

—ya...

—de verdad...

—sí... quería pedirte... necesito que estés conmigo, por favor...

—vale...

—lo necesito... sólo unos días...

—vale...

—gracias

qué reconfortante resulta que alguien se encargue de los muertos, qué indispensable. porque lo tienes ahí, y es tuyo, y todos te miran esperando a ver qué haces con el cadáver ¿no? y qué vas a hacer... menos mal que mi tía laura se encargó de todo, y habló con la doctora, y consultó a los

administradores que habían tramitado recientemente las exequias de mi madre y mi hermano, y los ataúdes, el enterramiento, los nichos, esas cosas, y... primero habló con la doctora, y después entró con lorena en la habitación, donde estaba su madre. que yo no quise entrar, aunque me dijo lorena que estaba oculta, cubierta por una sábana —está tapada... puedes pasar, que no se ve nada...— me lo dijo de una forma tan dulce, y tan cuidadosa y considerada, que cuando me quedé solo en el pasillo, pensé que por mucho que me empeñase en lograrlo, yo nunca podría querer así a lorena, ni a mi tía laura, ni a nadie. era inútil, no podía corresponder a esa ternura porque habían estragado mis sentimientos, porque, por ejemplo, mi madre nunca había cogido mi mano, mi manita de bebé ¿entiendes? nunca se había acariciado la mejilla con esa manita, diciendo —caricitas a mamá...— o cualquier otra tontería muy alejada de mi comprensión de bebé, pero que sería para mí, o sea, para ese bebé, como fuego ardiente en el alma, como amor lacrado, como un sello, una cédula real vitalicia, y... no, me sentía alguien... ajeno, inservible y pusilánime, que ni siquiera tenía el valor de un discreto mutis, el buen gusto de desaparecer. y ahí estaba, esperando en el pasillo, y luego en una sala que me enseñó lorena, y se veía la ciudad y la ría y las gaviotas volando por debajo de ti ¿sabes? y... al final llegaron los de la funeraria, y eran muy amables y eficientes, y hablaban blando, y se movían con tanta delicadeza que daban ganas de besarlos. prepararon el cadáver para trasladarlo al tanatorio, y mientras, mi tía laura abrazó a lorena y la meció, le dijo —ahora vete a casa a buscar eso, y así descansas un poco... ah, y tómate algo...

—sí... gracias, laura...

—yo os espero en el tanatorio...— salimos del hospital, íbamos a coger un taxi y lorena me llevó aparte —ven...— a un pequeño callejón, había varios en los laterales, que servían de entrada y salida de... supongo que por alguno de esos callejones sacaban los cadáveres del hospital... y... me abrazó —gracias...— se abrazó a mí temblando. y yo —tranquila...

—es que ha sido todo tan rápido... hablé con la doctora de guardia, ya había hablado con otros, les dije que tenían que hacer algo, que no podía estar así, sufriendo... se lo dije a la doctora de guardia, que la ayudase... y bajé a la cafetería, y al subir... ya estaba... en media hora...

—ya... no podías hacer otra cosa...

—era horrible verla sufrir... les preguntaba a los médicos, y me decían que en su estado era muy peligroso administrarle morfina...

—no le des más vueltas, anda...

—y encima me va a venir la regla y me duele muchísimo...

—pues vamos a una farmacia a comprar algo... para el dolor, que te alivie...

—no, tengo en casa...

—vale, vamos a coger un taxi...

—espera... abrázame... más fuerte... ¿sabes qué es lo peor?... ¿eh?

—¿qué?

—que todo este tiempo, yo me sentaba delante de mi madre... cada día... por la mañana y por la tarde... me sentaba y la miraba... la veía agonizar, y... yo pensaba en ti... sólo podía pensar en ti, en

lo injusto que eres conmigo, y... que te quiero... no puedo evitarlo, te quiero...

—yo también...

—y estaba agonizando ¿entiendes?... mi madre agonizaba, y yo...— y se echó a llorar. te juro que era la primera vez que la veía llorar, de hecho, fue la única vez que la vi llorar. porque lorena... no sé cómo explicarte esto... recuerdo que de niña, creo que ya te lo conté ¿no? que se le llenaban los ojos de lágrimas pero no lloraba nunca. te miraba fijamente y... bueno, a mí me impresionó, me conmovió, de verdad, y era... muy extraño... los dos abrazados en ese callejón, casi a oscuras, y que yo estuviese consolando a lorena... y que lorena estuviese —llorando— eso sí que era extraño. debía de estar muy sensible con la menstruación

## el lazo azul

ahora detente, y contempla este mundo, este atavismo ciego, esta imperturbable estupidez que nos guía. y piensa en cuánto valor, o desesperación, es necesario para oponerse, para resistir y no ser arrastrado, igual que materia muerta. y que ese valor o desesperación está como latente en ti, acunado por imaginaciones y sensibilidades y la más monstruosa inhibición del arrumbado en vida. no entiendes nada ¿verdad?... porque estoy hablando de mí, porque yo soy ese —arrumbado en vida— y sin embargo, en alguna muy rara ocasión, ocurre un —milagro de amor— y... ya, ríete si quieres... desahógate bien, porque esas cosas —ocurren— si no, cómo explicas que subiese con lorena a su casa, que venciese miedos y toda esa atmósfera... mefítica, por decirlo claramente. y en definitiva, que dejase fuera, en el pasillo, el pudor y me encerrase con ella en el cuarto de baño, mientras se cepillaba los dientes y hacía pis y se duchaba. yo, o sea, YO, que no soportaba esa costumbre de las mujeres, esa —familiaridad— y desde que era niño ¿eh? me empujaba el mencionado pudor a cerrarles la puerta

bien, entramos en el despacho, que era el peor lugar de la casa, o uno de los peores, y yo no paraba de estremecerme y mirar a mi espalda y pegarme a lorena en cada escalofrío. y claro, hablaba, intentaba sacudirme esa sensación de... no sé de qué, de grima, de absoluta repugnancia, y sobre todo de horror. me aterrorizaba que su madre apareciese de repente, o que la llamase desde su habitación, que dijese —¡lorena!— o que se dirigiera a mí ¿no? para disculparse, o dar alguna explicación, que es justo lo que pasó al día siguiente en el entierro. que casi me muero, de verdad, y... quería aparentar calma, la misma entereza que lorena ante esas situaciones, pero yo no estaba acostumbrado. y hablaba y hablaba para impedir que aquel silencio se me echase encima y me aplastase, porque ya sabía cómo y dónde iba a acabar. por eso hablaba tanto, y hacía preguntas —¿vas a seguir con la consulta?

—sí, de momento sí... quizá con algunos clientes, depende...

—¿de qué?

—me gustaría hacer otras cosas... estudiar algo...

—¿por ejemplo?

—pues... algo que me guste... historia del arte, algo así...

—¿y esa cinta?

—es para enlazarle los pulgares...



—ah...

—a mi madre...

—ya... ¿para qué?

—para que descanse, y no vuelva...

—yo tampoco quiero volver aquí... si me muero, ya sabes ¿eh?— no me respondió, estaba muy ceremoniosa guardando esa cinta azul en un estuche alargado. era como un ritual, había un altarcito de velas consumidas, creo que tres, la fotografía de su madre y unos mitones de encaje negro. que se lo pregunté —¿qué es esto?— y me apartó la mano bruscamente, me dijo que no tocarse nada —cuidado, no toques nada... son los mitones de mi madre, de encaje... ¿ves? son los de la foto...— a mí aquello me sobrecogía, y te juro que iba en serio lo de no volver aquí, a un mundo desolado y sucio y repulsivo que detestaba, porque era un asco. aunque he de reconocer que también tenía miedo de morir y... andar solo por ahí ¿no? vagando sin rumbo por esas gélidas eternidades, y a que me importunase alguien, algún zoquete. y claro, en el primero que pensé fue en mi hermano, y que podía avisar a mi madre. y sentí otro escalofrío y ya no quise pensar más

al día siguiente me encaminé sin saberlo a mi segunda —crisis de angustia— que en ocasiones no puedes distraerla y se clava a ti como una araña gigante, y te inyecta y espesa esa ponzoña muy adentro, y aunque quieras sacarla, o salirte tú, no... en fin... lorena estaba muy inquieta, nerviosa, se reía por cualquier tontería. por ejemplo, cuando nos estábamos vistiendo, le hice un comentario trivial sobre mi traje para... no sé, hablar un poco y no estar callados. le dije que cada vez me quedaba más pequeño, y me respondió que sí, que era cierto —pero estás muy guapo así, muy elegante...— y al momento se echó a reír. y yo —¿qué...?

—nada, que para el próximo entierro vas a tener que comprarte uno nuevo...— y se reía... bueno, y nos fuimos al tanatorio, y mientras esperábamos, estuvimos hablando del futuro, que es la mejor manera de sacudirse un presente insufrible, y que lorena podía venirse a vivir con nosotros hasta que decidiese qué iba a hacer. se lo dijo mi tía, y también le dijo que yo quería vender la casa, la mía, pero los administradores, y ella misma, eran partidarios de alquilarla, y... entonces se nos acercó aquel empleado tan amable, que debía de ser el maestro de ceremonias o algo similar, cumplía esa función, y... nos comunicó en un susurro que iban a cerrar el ataúd y que si queríamos despedirnos. y entraron las dos a despedirse, y mi tía abrazó a lorena. luego salió llorando y me abrazó a mí, y nos quedamos mirando a través del cristal, cómo lorena le ponía sus mitones de encaje, y después le enlazaba los pulgares con la cinta azul. y mi tía —pobrecita, tenemos que cuidarla mucho... ¿sí?

—sí...

—¿lo prometes?

—sí, lo prometo...— que somos humanos y podemos prometerlo todo, porque nadie va a censurar nuestra buena disposición, ni afeardar un noble sentimiento. y mi tía laura sabía

perfectamente que no había un ser más humano y vulnerable que yo, si exceptuamos a sebastián, que sobrevivía recogido en el sanatorio de oza, en cautividad, y... era ridículo pretender que yo cuidase a lorena, cuando era lorena quien me había cuidado a mí siempre... porque lo del aporte de granizo fue despecho ¿eh? una chiquillada. hice mal en contártelo... y... yo iba tranquilo, inadvertido, hacia ese segundo ataque de angustia, y de repente, lorena y mi tía, las dos —¡eh, cuidado!— me cogen del brazo, y veo que me pasa el ataúd a la altura de la cabeza, que yo no había querido llevarlo, y... me imaginé... bueno, en realidad fue más que imaginación, que... abría los ojos sobresaltada y me miraba desde dentro, hasta noté su aliento en la mejilla, que me respiraba. y otra vez —aaaaah, aaaaah...— como tartamudeando, como si tuviese prisa en revelarme aquello que la carcomía. y ya empecé a sentirme fatal ¿no? agobiado de estar allí, de tanta muerte y de tantos entierros seguidos. aun así me rehíce, apreté la mano de lorena y le dije al oído lo primero que se me ocurrió —te quiero, y prometo cuidarte, de verdad...— y me sonrió, pero con una sonrisa distinta, más dulce y sosegada y maternal. me refiero a las madres de otros, o a mi tía, cuando subía al palomar a darme mimos. me sonrió y —gracias, amor, yo también te quiero...

—se lo he prometido a la tía laura...

—vale...— añadí esto último, lo de mi tía laura, porque intuía que estaba a punto de suceder algo muy desagradable, y lorena era la única que podía evitarlo, y protegerme. metieron el ataúd en el nicho, y el sacerdote, con toda la calma, consoló a su hija —lorena— con la idea del tránsito de —teresa— que olvidé decirte el nombre de la madre, se llamaba —teresa— y... estuvo un buen rato consolándola, y después me miró, porque estaba al lado de lorena y muy demudado por la angustia. me miró, y abriendo sus manos, exclamó:

concédele, señor, eterno descanso  
y brille para teresa, tu luz perpetua

luego, alzando la mirada:

recibid su alma  
y presentadla ante el altísimo

te juro que casi podía oír un revoloteo de arcángeles, mientras los operarios levantaban aquella placa de mármol, y se disponían a sellar el nicho con cemento. entonces teresa, la madre de lorena, me llamó, pronunció mi nombre ¿entiendes? al principio como un zumbido. y miré a lorena muy pálido, que me lo contó más tarde, en casa, o en el taxi, y... miré a lorena y a mi tía por si lo habían oído. y ellas, o sea, mi tía —¿qué te pasa?— y era mi nombre que volvía nítido, con el sonido afilado de la paleta, y... ¿te acuerdas de mi primera visión?... pues sentí lo mismo, un vértigo terrible, y que esa voz tiraba de mí, me arrastraba con el cemento hacia un abismo, y... me abracé a lorena tan desesperado, que le clavé las uñas detrás, en la espalda y en la nuca, y le hice muchísimo daño, hasta sangró. porque me caía, de verdad que me caía del mundo

## gratitud

me metieron en un taxi y me llevaron abrazado a casa. y era tanta mi angustia, que quería llorar y no podía, no sabía llorar. y menos mal, porque recuerdo que íbamos en el asiento trasero, y el taxista no paraba de mirarme por el espejo retrovisor, y... me acariciaban, me daban besos, y claro, mi tía aprovechó para arrancarme otra promesa —cariño, hay que ir a la psicóloga... ¿sí? ... prométenos que vas a ir...

—sí...— estaba dispuesto a prometer todo lo que quisieran, porque ya no podía más, y cualquier muerte era preferible a esa angustia, incluso la muerte psicológica. Llegamos a casa y mi tía estaba radiante ¿no? ante la perspectiva de nuestra convivencia y cuidados mutuos. fijate que insistió en prepararnos un baño relajante —de sales y esencia de lavanda, ya veréis... ah, y unas velas aromáticas...— y que no nos preocupásemos de nada, que mientras, ella iba a hacer la compra —a comprar cosas ricas...— así que nos preparó el baño, encendió las velas aromáticas y se fue. y lorena me desnudó —¿estás mejor?— y yo le dije que sí, a pesar de que a mí esa penumbra de las velas me ponía muy nervioso, me inquietaba, que aún no me había recuperado —¿te importa si encendemos la luz?

—no, amor, como quieras...— luego nos acomodamos en la bañera, lorena recostada entre mis piernas, y yo le echaba agua por el pecho, se lo acariciaba, los pezones... pero me temblaban las manos, que seguía asustado, porque no podía quitarme aquella voz de la cabeza, y... al final se lo pregunté —lorena...

—¿qué, amor?

—tú también lo has oído ¿verdad?— giró la cabeza y me miró muy decidida, casi severa

—escucha... nunca volveremos a hablar de esto ¿vale?

—vale... ¿lo has oído?

—sí...

—¿y qué vamos a hacer?

—pues estar juntos, y vivir...

—¿y cómo vamos a olvidar esto?... yo necesito olvidar...

—lo sé...— bajó la mirada y se quedó jugueteando con el agua. estaba triste, y me arrepentí de haberle hablado así, de mi actitud egoísta, y precisamente ese día. le dije, para animarla —yo lo único que quiero es... ser normal... sólo eso... ser normal y nada más...

—ya, es lo que queremos todos...— ahora sí que había conseguido entristecerla por completo, y no podía permitírmelo, porque para mí era la tierra ¿entiendes? tierra firme. y la abracé muy

fuerte —lorena... no estés triste, anda...  
—estoy bien, no te preocupes...  
—pídeme algo...  
—¿qué quieres que te pida?  
—no sé, lo que quieras, lo que te apetezca...  
—que vayas a la psicóloga...  
—ya, ya voy a ir... eso no, otra cosa...  
—no necesito nada... sólo estar contigo, tranquila...  
—¡ya sé, te voy a lavar la cabeza!  
—qué tonto

y ahí empezó todo para mí, mi —vita nuova— mi propio bautismo, al verter agua caliente en la cabeza de lorena, que dio un respingo —ay, me escuece...— y le aparté el pelo, los mechones, y vi las heridas que le había hecho con las uñas. vi su carne viva, igual que había visto las mejillas desgarradas de mi madre, y... me enterneció que no se hubiese quejado ¿sabes? que no hubiese dicho nada delante de mi tía, que hubiese sufrido en silencio. y al momento noté que los ojos se me encapotaban de lágrimas, pero me contuve y no derramé ni una sola. no me abandoné a ese llanto porque quería estar a la altura de lorena, de su fortaleza. y le besé las heridas, le dije —lorena, eres mi vida... te quiero muchísimo...— te juro que nunca había sido más sincero. aunque lo que sentía de verdad, era una inmensa gratitud. me lo explicó la psicóloga unos días después, que eso no era amor, sino gratitud. y yo le expliqué a ella que no me importaba lo que fuese, que por primera vez había descubierto en mí un sentimiento que no era de rechazo, o desprecio, y que eso era lo único que me importaba. y la psicóloga me dijo que sí, que tenía razón, y que íbamos a trabajar ese sentimiento de gratitud, que calificó de —positivo y muy esperanzador— y que en el cultivo de ese —sentimiento positivo— y esto lo afirmó con absoluto convencimiento ¿eh? que en el cultivo de ese —sentimiento positivo— estaba mi salvación. y a mí, claro, se me escapó una sonrisa, imaginándome la cara de lorena, y de mi tía, su alegría cuando se lo contase, y... nada, acabó la sesión, y yo estaba tan satisfecho de mí mismo, tan entusiasmado y eufórico, que al despedirme de la psicóloga, en la puerta, la abracé muy fuerte y la besé en los labios. bueno, cerca, en la comisura. y ella se quedó así ¿no? creo que no le hizo mucha gracia

*Las brujas*  
Celso Castro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

del diseño de la portada, © Planeta Arte & Diseño  
de la ilustración de la portada, © Lu Cong

© Celso Castro, 2020

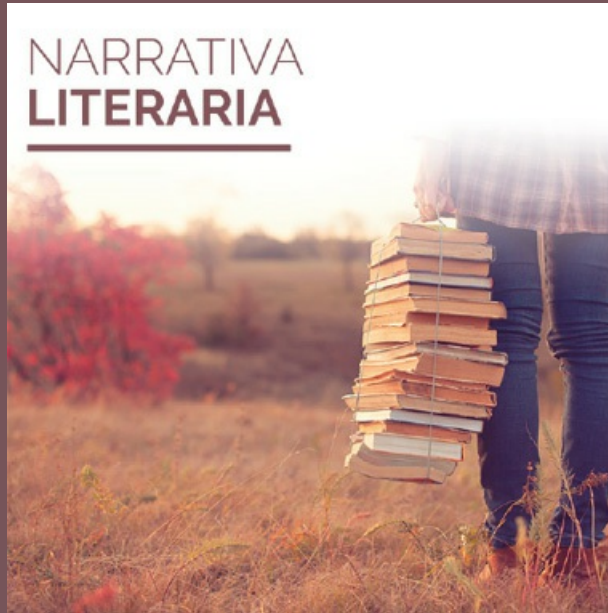
© Editorial Planeta, S. A., 2006  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5741-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!





# las brujas

celso castro



DESTINO